

Francisco Ugarte Corcuera

En busca de la realidad

La felicidad
y los valores



RIALP

EN BUSCA
DE LA REALIDAD



FRANCISCO UGARTE CORCUERA

EN BUSCA
DE LA REALIDAD

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2006 by FRANCISCO UGARTE CORCUERA
© 2006 de la presente edición by EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid

Cubierta: *Vicente y las palomas* (detalle),
Juan Roldán
© Fotografía ORONOZ

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Fotocomposición: Gráficas Anzos, S. L.
ISBN: 84-321-3565-8
Depósito legal: M. 2.932-2006

Impreso en España

Printed in Spain

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	11
I. ¿CRISIS DE VALORES?	17
Conocimiento de los valores	19
Realización de los valores	23
II. EL RELATIVISMO Y SUS CONSECUENCIAS	31
Qué es el relativismo	32
Consecuencias para la persona	37
Consecuencias para las relaciones con los demás ..	43
III. EL DOGMATISMO Y SUS CONSECUENCIAS	49
Qué es el dogmatismo	51
Sobrevaloración de la inteligencia	53
Reducción o simplificación de la realidad	59
La actitud racionalista	67
IV. EL REALISMO	77
Condiciones para conocer la realidad	79
Actitudes que favorecen el realismo	86
Dos consecuencias del realismo	94

Síntesis comparativa: realismo ante relativismo y dogmatismo	95
V. LA AUTENTICIDAD COMO FORMA DE ESTAR EN LA REALIDAD	103
La noción de autenticidad	103
La identificación del hombre consigo mismo	105
La manifestación de sí mismo	119
Formas de incurrir en la inautenticidad	121
Medios para ser auténtico	132

*A MIS PADRES,
que, con su sencillez y sentido común,
han sido la mejor escuela de realismo
y autenticidad.*

INTRODUCCIÓN

Todos queremos ser felices. Difícilmente se puede refutar esta afirmación, sobre todo si entendemos el verbo *querer* como deseo y como búsqueda. ¿Quién desea la infelicidad para sí mismo? ¿Quién no busca ser feliz, en el fondo de cada una de sus acciones? Y es que la persona humana está hecha para la felicidad, por eso tiende naturalmente a ella. Pero... ¿en qué consiste la felicidad?, ¿es realmente posible alcanzarla?, ¿cuáles son los medios para llegar a ella? Ésta es ya otra cuestión, que vale la pena plantearse, porque a todos nos atañe.

La sola inclinación natural hacia la felicidad, que cada uno experimenta, no garantiza su consecución. Si nos preguntamos, por ejemplo, qué porcentaje de la gente que conocemos es realmente feliz, tendremos serias dificultades para contestarnos, pues su comportamiento, sus actitudes, sus estados de ánimo, no nos permiten sacar una conclusión evidente. Si hacemos nuestra pregunta directamente a esas personas, tampoco conseguiremos un resultado satisfactorio: en lugar de respuestas definidas, tal vez es-

cucharemos explicaciones demasiado parciales, que sólo servirán para concluir que se trata de un asunto complejo y un tanto confuso para la mayoría de la gente. ¿Quién es realmente feliz? O al menos: ¿cómo puedo aproximarme a la felicidad?

Hoy en día la felicidad suele identificarse con el bienestar material, con la posesión, con el tener. Y no es infrecuente constatar la paradoja de que, mientras más se tiene, más infeliz se es. Quien luchó por alcanzar una posición relevante, basada en el éxito económico, porque pensó que así iba a ser feliz, se ha sentido decepcionado. Y es que el *tener* bienes materiales no satisface las ansias de felicidad que laten en el corazón del hombre. Si la felicidad no radica en el tener, o en tener más, entonces, ¿en qué consiste?

Hay una gran diferencia entre tener más y *ser* más. El tener no necesariamente acrecienta el ser. Más aún, puede empequeñecerlo y, en esta misma medida, hacer al hombre infeliz. Por ejemplo, el avaro se empobrece como persona, y en su egoísmo sólo experimenta infelicidad. El camino hacia la felicidad está relacionado con el ser: consiste en *ser más*. Esta idea puede resultar aún abstracta.

¿Qué significa ser más? Pasar desde lo que soy, hacia lo que estoy llamado a ser; actualizar mis potencialidades humanas; desarrollar mis capacidades; adquirir lo que me corresponde según mi naturaleza; perfeccionarme como persona; crecer como hombre; enriquecerme al encarnar valores. La felicidad, entonces, va a consistir en dilatar el propio ser, mediante la adquisición de valores, de manera que, mientras más valores se realicen, más feliz se irá siendo.

Estas reflexiones iniciales, sobre el tema de la felicidad, nos permiten vislumbrar la importancia que los valores tienen en la vida humana, porque constituyen, precisamente, el contenido y el camino para ser feliz. Por esta razón, el primer capítulo del libro tratará sobre la crisis actual de valores y los medios para superarla.

La cuestión de la felicidad y los valores, como cualquier otro tema central para la vida humana, sólo puede resolverse si se cumple con una condición: la de *estar en la realidad*, lo cual constituye el tema de fondo de las páginas que vendrán a continuación. Estar en la realidad significa ser realista, teórica y prácticamente, en el pensamiento y en la vida; pensar correctamente, de acuerdo con una verdad objetiva —la verdad sobre el hombre—, y ajustar la propia vida, la propia conducta, a los valores que corresponden a esa verdad. Quien está en la realidad se encuentra ubicado, porque sabe qué valores debe realizar, cuál es el sentido de su vida, dónde radica la felicidad.

En cambio, quien se sale de la realidad —cosa por demás fácil y frecuente en nuestros días—, pierde el rumbo de su existencia, y necesariamente padece una crisis con repercusiones en los diversos ámbitos de su personalidad: espiritual, psíquico, afectivo, social y hasta fisiológico. Con la intención de advertir al lector de dos peligros que conducen a la evasión de la realidad, y exponer sus consecuencias, dedicaremos los capítulos segundo y tercero al *relativismo* y al *dogmatismo*, respectivamente. Se trata de dos posturas extremas, que se separan del realismo en direcciones opuestas; alejan de ese tema de fondo que inspira las consideraciones que nos hemos propuesto.

Con este marco, podremos entonces abordar el *realismo* y señalar cuáles son las condiciones y actitudes que garantizan esta postura, tanto en el orden especulativo como en el nivel existencial, porque se trata, en definitiva, de estar en la realidad, con el pensamiento y con la conducta.

Finalmente, dedicaremos un último capítulo a *la autenticidad*, que no es otra cosa que el realismo llevado a la vida personal, al ámbito más íntimo del sujeto: el de su conciencia. El carácter personal de este tema no permite que se le trate en abstracto, sino de manera concreta, es decir, mediante cuestionamientos que harán pensar al lector en sí mismo y sacar sus propias conclusiones.

No quiero terminar esta introducción, sin hacer algunas alusiones al origen y a la fuente de inspiración de este ensayo. El punto de partida de estas reflexiones ha sido la experiencia de situaciones humanas no bien resueltas y representadas por personas muy variadas, en cuanto a su ambiente social, familiar y cultural. El común denominador de esas situaciones ha sido una especie de insatisfacción o infelicidad latente en esas personas, por no tener su vida centrada, por no encontrarse ubicadas. Frecuentemente los intentos de resolver esas situaciones, por parte de los interesados, han sido escapes, evasiones, que sólo producían un incremento de la problemática: la infelicidad iba en aumento, porque no se atacaba la causa.

A la experiencia mencionada se unió una intuición que parecía dar con la raíz y ofrecía la solución a esas situaciones. Si la causa de problemas tan variados coincidía con la falta de ubicación personal, la solución consistiría en *estar en la realidad*. ¿Cómo?

Enfrentándose cada quien consigo mismo, con plena sinceridad, para conocerse y aceptarse; teniendo ideas claras, fundadas en la verdad, para orientar la propia vida y llenarla de sentido; adquiriendo la capacidad —la fuerza— para vivir de acuerdo con esas ideas. Ciertamente la tarea no se presenta fácil, pero es posible —más aún, necesario— llevarla a cabo, si se quiere ser feliz. Es lo que nos proponemos demostrar en estas páginas.

Quiero también advertir que las reflexiones aquí recogidas han sido confrontadas, previamente, con numerosas personas, unas veces individualmente y otras en sesiones grupales. Especialmente han sido sometidas a la crítica —en ocasiones dura, pero siempre sincera— de los estudiantes universitarios de diversas carreras, que con distintos enfoques han enriquecido su contenido. Algunos y algunas reconocerán sus aportaciones cuando se adentren en la lectura del libro. A ellos principalmente, a los jóvenes que se encuentran en esa etapa tan apasionante de definición de su vida, mi agradecimiento y mi deseo de que estas páginas les ayuden a *estar en la realidad*, para que resuelvan adecuadamente su existencia.

I. ¿CRISIS DE VALORES?

La situación actual

En la actualidad hay crisis de valores. Esta expresión es un tópico que se escucha con frecuencia y en el que todo mundo suele estar de acuerdo. La unanimidad en el acuerdo parece provenir más de la generalidad y ambigüedad de la expresión, que de la identificación con su contenido. ¿Qué significa esta crisis? ¿De qué valores se trata? Esto requiere profundizar en el tema, para adentrarse en su contenido.

Lo primero que hay que advertir es que la crisis, antes que ser de los valores, es del sujeto de esos valores. Es el hombre actual el que está en crisis, porque no puede responder, con su inteligencia o con su voluntad, a los interrogantes fundamentales que le plantea la existencia: ¿a dónde voy?, ¿qué quiero?, ¿cuál es el sentido de mi vida? Y al haber perdido el rumbo, al no tener a la vista el fin de su existencia, es lógico que los valores —que son medios para llegar al fin— se desdibujen. En consecuencia, se pue-

de decir que hay crisis de valores porque el hombre está en crisis.

La vida humana se desenvuelve dinámicamente y se orienta hacia la plenitud. El término plenitud hace referencia al contenido, a la riqueza humana, a la calidad de una persona. Y a esta meta se llega mediante la recta realización de valores, que es un proceso dinámico y dependiente de cada persona. Realizar un valor es dotar a la existencia de contenido. Si practico un deporte, recibiré un beneficio corpóreo, por realizar un valor de orden físico; si contemplo una puesta de sol o escucho un concierto de música clásica, mi calidad humana habrá aumentado por el valor estético adquirido; si me aboco al estudio de una teoría matemática o investigo un problema filosófico, desarrollaré un valor intelectual, que dilatará el contenido de mi existencia.

Condiciones para los valores

Para que el valor cumpla su función, en este proceso dinámico de la vida humana, se requieren dos condiciones, una de orden teórico, la otra de orden práctico. La primera se refiere al *conocimiento* de los valores, tanto a aquellos que intervienen en el perfeccionamiento humano en general, como a los que yo, en mis circunstancias concretas y con mis capacidades, puedo y debo proponerme. La segunda condición consiste en la *realización efectiva* del valor en la vida de la persona. A la luz de este esquema se puede comprender la raíz de la crisis actual. Veámoslo.

El subjetivismo

La fuerte carga de subjetivismo que afecta al pensamiento contemporáneo incide también en la llamada *teoría de los valores* o *axiología*. Desde el punto de vista del conocimiento, el subjetivismo consiste en situar la verdad en el ámbito del sujeto, antes que en la realidad de las cosas: *mi verdad* tiene prioridad sobre *la verdad*. Del mismo modo, el subjetivismo axiológico sitúa el fundamento del valor en el sujeto que valora, y no en la realidad objetiva que hace que algo sea valioso: vale porque lo valoro o lo aprecio, y no lo aprecio porque valga. En este caso el sujeto dota de valor a lo valorado, independientemente de que valga o no en sí mismo. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la publicidad: mediante el procedimiento de destacar repetitivamente las cualidades del producto que se anuncia —aunque esas cualidades no respondan a la realidad—, el producto acaba adquiriendo un valor que no le es propio, sino que depende de la propaganda que se le ha hecho; la subjetividad ha prevalecido sobre la objetividad. De manera semejante, también en el terreno comercial, suele ocurrir que el cliente influya con su actitud en el precio de los productos: alguien ha comprobado que, en determinados establecimientos populares, el precio de un objeto aumenta en cuanto el cliente lo toma con sus manos, mientras que si lo señala a distancia, su valor disminuye.

Cuando no se trata ya del valor económico o comercial de un objeto, sino de los valores humanos que habrán de proporcionar un contenido superior a

la vida, las consecuencias de este modo subjetivo de enfocar los valores son más graves. Si un acto humano se hace justo porque yo lo considero justo o si quitar la vida a una persona es un disvalor, porque yo así lo concibo, entonces, igualmente, con el mismo fundamento —mi yo que valora—, podré afirmar lo contrario en cada caso. A fin de cuentas, me he convertido en el árbitro que decide a su antojo lo que vale y lo que no vale.

Otro modo de incurrir en el subjetivismo consiste en considerar que algo vale porque me produce agrado o placer. Su valor está en el hecho de producirme una satisfacción subjetiva. Este criterio también está en boga y en muchos casos —tal vez especialmente entre la gente joven— sirve de pauta última para el comportamiento. Hago lo que me gusta, evito lo que me desagrada. El placer es bueno, el dolor es malo, en cualquier circunstancia. La droga y el sexo producen placer, luego deben ser lícitos. Con este criterio, además del error evidente expresado en estos ejemplos, quedan eliminados, por principio, los valores más altos para la persona —intelectuales, morales, religiosos—, porque su realización supone, ordinariamente, al menos en sus inicios, un proceso poco placentero, un esfuerzo que nada tiene que ver con el placer sensible que se ha adoptado como fundamento del valor.

Objetividad del valor

Es preciso, por tanto, aceptar la objetividad del valor, para no incurrir en las contradicciones anteriores. Sólo reconociendo que el valor vale en y por sí mismo

—valga la redundancia—, con independencia de la valoración de un sujeto, se podrá contar con un camino seguro que conduzca a la plenitud de vida. Sólo considerando los valores como bienes objetivos de la naturaleza humana, se podrá superar el relativismo en la percepción de los mismos y se podrá comprender su función de medios que conducen al hombre a su fin. Pero esto de la objetividad requiere una aclaración.

Ciertamente, hay cosas que valen en sí mismas, independientemente de su relación con un sujeto determinado, como la vida, la salud, el amor a Dios, la solidaridad con el prójimo, una verdad científica, la belleza de una obra de arte. Son valores objetivos cuya validez es anterior e incluso independiente del acto valorativo del sujeto. Tal objetividad de los valores no requiere ser demostrada. Es un dato primario, de evidencia inmediata, como lo son también las primeras verdades del conocimiento. En cuanto captamos un valor, nos damos cuenta de que vale no porque lo apreciemos nosotros, sino por él mismo. Lo apreciamos porque vale. Pero, ¿resulta suficiente para el hombre concreto aceptar la objetividad del valor e incluso conocer con precisión y jerárquicamente los valores comunes para todos?

El valor para mí

Para contestar a lo anterior, hay que tener en cuenta que no todo lo que vale o es bueno en sí, es bueno para mí. Esto puede ocurrir por dos razones: porque aquello que es bueno en sí, para mí suponga un desorden —adquirir un coche, además del que ya

se posee, puede resultar superfluo; el uso del sexo fuera del matrimonio es un pecado—; o porque determinados valores que podrían ser buenos para mí no están, en mis circunstancias actuales, a mi alcance —realizar unos estudios en el extranjero, cuando no cuento con los recursos de tiempo o dinero para llevarlos a cabo—, por lo que dejan de ser buenos para mí, en cuanto que no debo proponérmelos. Esto pone de manifiesto que no basta con reconocer la objetividad de los valores, sino que es preciso considerarlos también en su relación con el sujeto que está llamado a realizarlos.

En otras palabras, aunque la objetividad del valor implica su validez universal —por contraste con el relativismo generado por la axiología subjetiva—, la realización de los valores es tarea eminentemente individual, personal. Cada quien debe hacer suyos unos valores determinados, según sus propias circunstancias y capacidades. El estudiante universitario, por ejemplo, se encuentra en circunstancias distintas a las del profesional, y sus capacidades personales también son diferentes. Los valores que habrá de adquirir, en cuanto universitario, son necesariamente diversos de los que corresponden a quien está ya en pleno ejercicio de su profesión. Esto exige poner los medios para descubrir y precisar cuáles son esos valores que debo proponerme, como contenido fundamental de mi proyecto de vida.

Requisitos por parte de la inteligencia

En resumen, la primera condición para que el valor cumpla su función en la vida humana y que, según

señalamos inicialmente, se refiere al nivel del conocimiento, exige los siguientes requisitos:

- a) admitir la objetividad del valor;
- b) conocer cuáles son los valores que perfeccionan al ser humano, proporcionando contenido a su existencia;
- c) averiguar cuáles de esos valores objetivos son buenos para mí en cada momento, según mis circunstancias;
- d) precisar aquellos valores que deberé proponerme, porque, además de ser buenos para mí, me resultan asequibles. Esto supone, a su vez, conocer mis capacidades, y descubrir las posibilidades que las circunstancias concretas me ofrecen en cada momento, para tratar de convertirlas en valores reales.

REALIZACIÓN DE LOS VALORES

Con esto podemos pasar al análisis de la segunda condición, que deberá darse para que el valor cumpla su función de conducir a la persona humana hacia su plenitud: la efectiva realización de los valores.

Resulta difícil precisar si la crisis actual depende más de la carencia de esta condición que de la primera. En cualquier caso, ambas están relacionadas, en una relación de dependencia mutua: el conocimiento de los valores resulta necesario para realizarlos, y esta realización clarifica su conocimiento; mientras más profundo y completo sea ese conocimiento, la realización de valores se verá más favorecida, del mismo modo que si

tal realización es profunda y eficaz, el conocimiento de esos valores se enriquecerá en esa misma medida.

Hoy en día nos encontramos frecuentemente con una incoherencia entre lo que se piensa y lo que se vive. Y las causas de esta falta de unidad de vida proceden tanto del nivel del pensamiento —hay confusión mental—, como de la conducta —no se hace lo que se querría hacer, por deficiencias en la voluntad—. Analicemos, con cierto detenimiento, lo referente a la voluntad, que constituye el meollo de este segundo apartado en torno al problema de los valores.

El papel de la voluntad

La voluntad es la facultad mediante la cual se quiere, se toman las decisiones, se ejecutan los actos que conducen a las metas que la inteligencia señala. Su relación con la libertad es íntima, pues ¿qué otra cosa es la libertad sino esa misma capacidad de querer, de elegir entre diversas posibilidades, de llevar a la práctica lo que resulta conveniente? Hay que tener en cuenta que la libertad real de cada persona depende de lo fuerte que sea su voluntad: si por debilidad de la voluntad, no soy capaz de querer lo que debo querer, de tomar las decisiones que me corresponden, de realizar lo que me propongo, es evidente que mi libertad está prácticamente anulada.

La realización y adquisición de valores también depende directamente de la voluntad, al punto de que podría afirmarse que no hay valor que la persona pueda hacer suyo sin la intervención de dicha facultad. Esto puede ser muy obvio en aquellos actos hu-

manos que suponen una acción práctica, como sería el caso de quien salva la vida a otra persona mediante una intervención valiente, en la que la función de la voluntad salta a la vista. Pero también interviene la voluntad —y a veces de forma más intensa— en aquellas actitudes aparentemente pasivas, en las que el hombre realiza valores profundos, como el enfermo que padece fuertes dolores, los acepta y los ofrece a Dios; o quien aprovecha el sufrimiento que la muerte de un ser querido trae consigo, para madurar como persona humana. Lo mismo que dijimos de la voluntad con relación a la libertad, podemos decirlo ahora con relación a los valores: la capacidad de realizar valores será mayor o menor, en función de la fuerza o debilidad de la voluntad.

Los condicionamientos internos

Así como al analizar el conocimiento de los valores señalamos dos obstáculos —dos formas de subjetivismo— que aparecen frecuentemente en la actualidad, podemos ahora preguntarnos por los obstáculos que afectan a la voluntad, en su función de hacer efectiva la realización de esos valores.

Actualmente, más que en otras épocas, la función de la voluntad, en la dinámica de la conducta, está muy desprestigiada. Como contrapartida, se exalta la importancia de las emociones, de las vivencias, del sentimiento, en la vida humana. En el medio universitario, por ejemplo, se descubre una marcada tónica en esta dirección: el afán por lo novedoso, el deseo de multiplicar el número de experiencias, el interés por

los cambios. Son síntomas, ordinariamente, de inestabilidad y consecuencia de un deterioro de la voluntad, por el predominio de los sentimientos en la conducta. Quien no es capaz de guiarse en la vida, apoyado en su voluntad, antes que en sus emociones, acaba perdiendo libertad; deja de ser dueño de sus actos; sus decisiones no llegan a término; su personalidad se resquebraja; el contenido de su existencia se empobrece por la incapacidad de realizar o adquirir nuevos valores, o por no desarrollar los que ya se poseen.

No se trata, ciertamente, de incurrir en el extremo del voluntarismo —como si el único motor de la conducta humana debiera ser la voluntad—, sino de superar los condicionamientos internos del mundo afectivo e integrar, armónicamente, las diversas fuerzas que intervienen en el comportamiento humano: los sentimientos —que en sí mismos son buenos y pueden jugar un papel de especial trascendencia en la vida— habrán de subordinarse y ser regulados por la fuerza de la voluntad, y ésta dirigida por la inteligencia, para que los valores se realicen en el clima de libertad que requieren. Sería un error, por ejemplo, que un estudiante eligiera una carrera universitaria, contraria a sus inclinaciones y aptitudes, por el solo hecho de hacer feliz a su padre, pues se estaría dejando llevar por un motivo sentimental y no estaría haciendo buen uso de su libertad.

Los condicionamientos externos

Ahora bien, no son sólo los condicionamientos internos los que pueden afectar negativamente la adqui-

sición de valores. También las circunstancias externas suelen limitar la libertad, cuando no se es capaz de sobreponerse a ellas. Hay quienes piensan, coincidiendo con la corriente psicológica del conductismo, que todas las acciones humanas no son sino reacciones a estímulos externos, con lo que el papel de la voluntad queda obscurecido y la libertad negada. Si esto fuera cierto, poca diferencia habría entre la conducta del hombre y la del animal, y habría que concluir que la realización de valores es una utopía.

Pero es obvio que lo anterior no es así. Cualquier persona con sentido común puede constatar, en su experiencia personal, que no se encuentra determinada para actuar en una sola dirección; que los condicionamientos exteriores no son absolutos, ya que es capaz —si se guía por su voluntad— de reaccionar ante ellos, imprimiendo a su acción la dirección que quiera. Ciertamente, aquí también, la capacidad de no dejarse condicionar por esos estímulos dependerá de la fuerza que posea la voluntad. Los débiles de carácter son presa fácil, por ejemplo, de la propaganda, de los tópicos en boga, de las modas, porque carecen de la voluntad que se requiere para no dejarse arrastrar por ellos. Actualmente llama la atención el peso tan grande que tiene, entre la gente joven, el argumento de hacer algo —aunque se trate de algo claramente ilícito— «porque todos lo hacen», ya que de otra forma se teme no ser aceptado. Por contraste, cuando alguien es capaz de oponerse a este modo de proceder, inmediatamente destaca por su mayor personalidad y categoría humana. Esto mismo podría decirse de aquellas parejas de recién casados que, al conocer las exigencias de la doctrina de la Iglesia so-

bre el matrimonio y la procreación, deciden vivirlas, a pesar de la presión adversa del ambiente, porque comprenden su valor objetivo y, consecuentemente, su sentido positivo.

Las situaciones adversas

Cabría pensar en un tercer obstáculo para el libre ejercicio de la voluntad en su proceso realizador de valores: la adversidad de las circunstancias. Muchas veces, al proponernos la adquisición de un valor, aparecen dificultades en el camino. El estudiante que se ha propuesto cursar una carrera, se enfrenta con una asignatura que no le gusta, con un profesor que no explica bien su materia, con unos compañeros que no le facilitan el estudio, con unas medidas académicas exigentes por parte de la universidad, con falta de tiempo para estudiar porque debe trabajar para ayudar a su familia, etc. Estas limitaciones, ¿suponen realmente un obstáculo para la realización de valores? Si se posee una voluntad débil, sí, porque no se podrán superar y la meta resultará inalcanzable. En cambio, si la voluntad es capaz de enfrentarse a esas circunstancias adversas, se crecerá y no sólo alcanzará su objetivo, sino que incluso realizará otros valores que vienen posibilitados precisamente por lo adverso de la situación. Como fondo de todos ellos estaría la capacidad que se ha adquirido y desarrollado para acceder a situaciones más difíciles en el futuro, a metas más altas, que exigen mayor fortaleza. Este desarrollo de las propias capacidades en la adversidad de las circunstancias es un valor de primer orden.

Si quisiéramos ahondar un poco en esta última idea, podríamos tener en cuenta que la grandeza o mezquindad de un hombre o de una mujer se pone de manifiesto, especialmente, en las situaciones difíciles. Esos momentos muestran lo que la persona lleva dentro, lo que realmente es. Esas situaciones le fuerzan a sacar a la superficie lo mejor o lo peor que tiene en el fondo de su alma. Y también, son esas circunstancias adversas las que ofrecen la posibilidad de dilatar el propio ser, de realizar valores de especial densidad, de mejorar notablemente la calidad personal.

Requisitos por parte de la voluntad

Con esto podemos concluir que la segunda condición señalada en nuestro esquema inicial, como realización efectiva de valores para dotar de contenido a la existencia y conducirla a la plenitud, se identifica con la función de la voluntad, como fuerza capaz de conducir la actividad humana hacia esa meta. Esta voluntad fuerte deberá enfrentar, superar y, en ocasiones, aprovechar los siguientes obstáculos:

- a) los condicionamientos internos al sujeto, que tienen su origen en el mundo de los sentimientos y de las emociones;
- b) los condicionamientos que provienen del exterior, en forma de estímulos que solicitan una reacción inmediata, ordinariamente instintiva e irreflexiva;
- c) finalmente, las circunstancias adversas que van apareciendo en el camino de la vida, sabiéndo-

las aprovechar para dilatar y enriquecer el propio ser, esto es, para crecer como personas humanas.

Comenzábamos afirmando que en la actualidad hay crisis de valores. Ahora podemos entender por qué el origen de esta crisis está en la persona y, más específicamente, en las dos facultades superiores de su espíritu: de una parte, la inteligencia que, afectada por el subjetivismo, no cuenta con un conocimiento realista de los valores ni, menos aún, de aquellos que en concreto convienen a cada persona; de otra parte, la voluntad, que se encuentra debilitada y que, en consecuencia, no parece capaz de superar los obstáculos y conducir al hombre a la realización y adquisición de los valores que le corresponden.

Finalmente, podríamos preguntarnos si esta crisis es superable y cuáles son los medios que hay que poner para salir de ella. La respuesta ya ha sido dada, implícitamente, en las páginas anteriores y se puede reducir a lo siguiente: *formar la inteligencia*, lo cual significa aprender a pensar con objetividad, sobre el fin de la persona humana y sobre los medios para alcanzarlo, que son, como hemos visto, los valores; y *fortalecer la voluntad*, ejercitándola en la realización misma de aquellos valores que dotan a la existencia de contenido y conducen al hombre hacia su plenitud, es decir, a su felicidad.

II. EL RELATIVISMO Y SUS CONSECUENCIAS

Hay dos tipos de personas que contrastan, y los solemos calificar con términos que expresan ese contraste: de aquel que acepta con facilidad cualquier idea, cualquier postura, cualquier punto de vista, decimos que es muy «abierto», mientras que calificamos de «cerrado» al que posee una especie de instinto para rechazar todo lo que sea nuevo, que implique un cambio, que modifique una situación. El ser «abierto» o «cerrado», si se lleva al extremo, puede conectar con dos actitudes, respectivamente: el *relativismo*, propio de la persona que carece de convicciones, que no parece tener compromisos, que vive superficialmente, que se conforma con pasar la vida de cualquier manera; y el *dogmatismo*, correspondiente a la persona fanática, que se empeña en defender unas ideas que quizá no entiende del todo, que se apasiona por imponer sus puntos de vista, aunque éstos carezcan de fundamento, que todo lo que sostiene posee carácter de absoluto y de infalible.

¿A qué se deben estas diferencias que hacen tan difícil el entendimiento entre las personas? ¿Cuál es

el fondo del problema que explica estos contrastes? Ciertamente, por una vía psicológica, es posible explicar cómo alguien llega a encarnar en su vida alguna de estas actitudes: analizando su temperamento, su historia personal, las influencias que ha recibido, el tipo de educación, la formación de su personalidad, etc. Sin embargo, la respuesta profunda, ya no para un sujeto en particular, sino para todos los que incurren en esas situaciones, es de orden filosófico. Concretamente, el *relativismo* o el *dogmatismo* dependen de dos modos distintos de concebir la verdad y de situarse ante ella.

Comenzaremos por el análisis del relativismo, y trataremos de responder a tres cuestiones: ¿qué es el relativismo?, lo cual equivale a preguntarnos por el modo como concibe la verdad; ¿qué consecuencias se siguen para la persona que asume el relativismo como actitud vital?; y ¿qué consecuencias se derivan para sus relaciones con los demás?

QUÉ ES EL RELATIVISMO

Hoy en día se oye con frecuencia que cada quien tiene derecho a pensar lo que quiera sobre cualquier tema, que cada uno debe actuar según su personal modo de ver las cosas, que es propio de personas maduras no admitir nada sin comprenderlo, que hay que rechazar toda idea que la autoridad pretenda imponernos. Qué duda cabe que estas expresiones poseen un atractivo especial y que, en una primera instancia, nos sentimos movidos a aceptarlas. Sin embargo, si profundizamos en lo que se encierra detrás de ellas,

descubrimos que responden a la idea de que «todo es relativo», pues si no hay verdades absolutas, el sentido de aquellas afirmaciones se hace más claro. Así nos hemos aproximado a lo que significa el término «relativismo», como actitud ante la verdad.

Para comprender con mayor profundidad el modo preciso como el relativismo entiende la verdad, es necesario preguntarnos antes por el proceso que nuestro conocimiento sigue para llegar a esta postura. Comencemos, pues, por analizar el camino que la inteligencia recorre para acabar en el relativismo.

El subjetivismo en el origen

Si yo afirmo que algo es verdadero «porque me lo parece», en lugar de reconocer que si me lo parece es porque «antes» es verdadero en sí mismo, entonces estaré situando el fundamento de la verdad en el sujeto: como si de éste dependiera el que las cosas fueran verdaderas. A esta postura del conocimiento se la conoce como *subjetivismo*, por la prioridad que se confiere al sujeto frente a la realidad objetiva. La apreciación subjetiva se convierte en la causa de la verdad. Un ejemplo puede ilustrar esta idea: la mesa sobre la que estoy escribiendo es de madera *porque así me lo parece*; y no es que me lo parezca *porque sea realmente* de madera. El subjetivismo, como veremos a continuación, da origen al relativismo.

Si algo es verdadero «porque me lo parece», entonces puedo afirmar también que será verdadero «mientras me lo parezca». Es decir, en el momento en que aquello deje de parecerme claro o convincente

te, por esa razón, «dejará de ser» verdadero. Si la mesa deja de parecerme de madera, en ese momento y por ese motivo *dejará de ser* de madera. De aquí se deriva una primera consecuencia del subjetivismo para la verdad: la verdad es *mutable*, esto es, cambiante e inestable, puesto que estará dependiendo en cada momento de mi apreciación personal y subjetiva. Esta característica de la verdad hace que necesariamente sea *relativa*, que no pueda ser absoluta y objetiva, por carecer de validez en sí misma, es decir, fuera del sujeto que la considera.

Ahora bien, si la verdad depende de mi apreciación personal, que no tiene por qué ser la misma que la de los demás —«nada es verdad, ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira», suelen afirmar con el poeta los relativistas—, entonces no podré hablar con propiedad de «la verdad», aunque se refiera a una misma realidad, sino de «mi verdad», de «tu verdad», de la verdad de cada uno, según cada quien la conciba, la considere o la aprecie. La misma mesa podrá ser de madera *para mí* y de metal *para otro*. La verdad, por tanto, no puede ser universal, en el sentido de ser válida para todos los sujetos, sino *particular*, en cuanto que cada uno tendrá «su verdad». Ésta es la segunda consecuencia que se sigue para la verdad, procedente del subjetivismo. Y equivale también a decir que la verdad es *relativa*: relativa al sujeto que la concibe en cada caso.

Aquí se ve pues cómo el subjetivismo, en cuanto postura del conocimiento, da origen al *relativismo*, para el cual la verdad es siempre *relativa*, por ser *mutable* y *particular*.

El relativismo no es nuevo. El primero que formuló el fundamento de esta postura intelectual fue Protágoras, en el siglo V a.C., al afirmar que «el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son, de las que no son, en cuanto que no son». Esto quiere decir que las cosas no tienen su verdad propia, independiente del hombre, del sujeto que las piensa, sino que es el hombre quien les proporciona su verdad: quien decide, en última instancia, si la mesa ya existente es de madera, metálica o de otro material; o incluso, si la mesa es o no es una mesa. De ahí que la verdad no pueda ser objetiva y universal, sino relativa.

Actualidad del relativismo

Esta doctrina, por antigua que sea, tiene una enorme vigencia en la actualidad. ¿Cuál es, por ejemplo, el argumento que se utiliza para proponer que en un determinado país se apruebe una ley contraria a la ley natural, como sería la ley a favor del aborto o de la eutanasia? La respuesta es sencilla y a primera vista convincente, tal vez porque estamos demasiado influidos por el relativismo, sin darnos cuenta: «en la sociedad hay una gran variedad de individuos, que piensan de maneras muy diversas; es preciso respetar la libertad de las conciencias, de manera que cada quien pueda decidir como crea conveniente en cada caso; la ley a favor del aborto o de la eutanasia lo único que hace es favorecer esa libertad, de modo que, quien no esté de acuerdo con esos actos, puede no llevarlos a cabo». De ahí el término *pro*

choice, tan utilizado en algunos países, para proponer el voto a favor de la libertad y así suavizar la legalización de aquellos actos que contradicen la naturaleza humana. Es claro cómo, en esta argumentación, se ha olvidado que existe una verdad universal y objetiva, acerca de esos temas, y se ha puesto todo el acento en la libertad personal, de la que dependerá «la verdad particular» de la acción, según el parecer de cada individuo. En otras palabras, la moralidad de la acción de abortar o de recurrir a la eutanasia, resultará «relativa» a cada sujeto que deba decidir en esas materias.

Contradicción intrínseca del relativismo

Es fácil comprender que la tesis del relativismo —«toda verdad es relativa»— implica una contradicción en sí misma: por un lado, se habla de *toda verdad*, lo cual expresa el carácter universal y absoluto de la afirmación; por otro, se dice que toda verdad es *relativa*, con lo que se niega aquel carácter universal y absoluto que se acababa de afirmar. Dicho de otra forma, si toda verdad es *relativa*, también tendrá que ser relativa la tesis que se pretende establecer: resultará relativo que *toda verdad* sea relativa, o sea, que puede haber verdades que no sean relativas.

El relativista, si fuera coherente con su postura y la llevara hasta sus últimas consecuencias, no debería hacer ningún juicio universal, lo cual le incapacitaría para definir el mismo relativismo que postula: no debería decir que «*toda verdad es relativa*». Pero la misma dificultad que encuentra para renunciar a la universalidad de su tesis —«toda verdad...»— es

una señal de que la inteligencia humana está inclinada naturalmente al conocimiento de la verdad universal, y de que el relativismo implica contradicción.

La contradicción del relativismo procede de su origen. El hombre no puede ser el fundamento de la verdad, «la medida de todas las cosas». La verdad está *en* las cosas, «antes» que en el sujeto que las conoce. La mesa *es* de madera, independientemente de mi apreciación; su verdad consiste en *ser* mesa de madera. Si yo digo que es de madera, estaré en la verdad; si afirmo que es metálica o que no es mesa, estaré en el error. Podemos decirlo con palabras de Antonio Machado, que expresan muy bien el realismo de la verdad, frente al relativismo:

«El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas,
es ojo porque te ve».

CONSECUENCIAS PARA LA PERSONA

Debilitamiento de la verdad

El relativismo de la verdad se produce, según hemos visto, porque se hace depender la verdad de la apreciación de cada sujeto —mi verdad, tu verdad, la de cada uno—, con lo que una verdad así concebida queda necesariamente *debilitada*, en el sentido de no tener fuerza propia, por ejemplo, para orientar la vida o dirigir la conducta. Expliquémoslo.

La fuerza de la verdad queda reducida a la fuerza que el sujeto le proporciona, y que habitualmente

será limitada por su carácter de provisionalidad: algo es verdadero «mientras me lo parezca», lo cual también puede derivar fácilmente —y así suele ocurrir en la práctica— en que si una determinada verdad me incomoda o me complica la existencia, la cambie por otra que se acople más a mis intereses. A fin de cuentas, la verdad es mía y depende de mí. La verdad, pues, ha quedado empobrecida, privada de su capacidad para influir, para ser el punto de referencia que rija la conducta humana.

Superficialidad y mediocridad

Este debilitamiento hace que la verdad pierda firmeza y, en consecuencia, la incapacita para comprometerme. Todo compromiso reclama garantías de estabilidad y permanencia. Me comprometo con aquello que me ofrece confianza, por su solidez. Si la verdad es siempre relativa, por ser cambiante y particular, no me puede ofrecer la confianza que reclama el compromiso, por lo que no podré confiar en nada y me veré obligado a *renunciar a todo compromiso* con la verdad.

Esto es más grave de lo que parece, porque una persona sin compromisos en su vida se encuentra fuera de la realidad. Los compromisos son como las raíces que hacen posible penetrar en la realidad para nutrirse de ella. Sin compromisos no se puede arraigar en la realidad, y entonces se flota sobre ella. Este quedar fuera de la realidad, flotando, por carencia de compromisos, equivale a *no estar en la realidad*, y da como resultado una existencia *superficial*, sin

contenido. Y la superficialidad va íntimamente unida a la *mediocridad*: la falta de raíces no permite crecer, como lo demuestran esas técnicas japonesas que han logrado producir árboles enanos.

Desde otro ángulo, se ve también por qué el relativismo conduce al mismo resultado, a la existencia superficial y mediocre. Para crecer, el hombre necesita tener a la vista unas metas que alcanzar, unos objetivos que lo impulsen a fuerza de producir en él una atracción. Pero esas metas y esos objetivos sólo cumplirán su cometido si se presentan como verdades estables y permanentes. De lo contrario, la capacidad de atracción, que unas metas o unos objetivos cambiantes pueden ofrecer, resulta muy limitada, tan limitada como su misma inestabilidad: sólo atraerán mientras permanezcan. Y el sujeto se estancará en una existencia sin horizonte, donde el espíritu de lucha y de superación dejará de tener sentido, pues no habrá nada que verdaderamente valga la pena proponerse por su relatividad. Lo coherente, ante esta *ausencia de metas*, será entonces abandonarse, incurrir en el conformismo, en la *superficialidad* y resignarse a la *mediocridad*.

Pérdida del sentido de la vida, hedonismo y evasiones

La ausencia de metas y objetivos incluye, lógicamente, la *carencia de ideales*, que son esos puntos últimos de referencia, especialmente apetecibles, cuya fuerza orienta, por vía de atracción, toda la existencia de una persona. Por eso, quien no tiene ideales acaba por *perder el sentido de su vida*: ¿para qué estoy

aquí?, ¿qué valor tiene mi existencia?, ¿a dónde quiero llegar?, ¿tiene algún caso esforzarse, tratar de mejorar? La persona sin ideales es como la cuerda de un instrumento musical que ha perdido la tensión, por haberse desprendido de uno de sus extremos, y ya no puede emitir sonidos armónicos, más aún, ni siquiera es capaz de producir ningún sonido, lo cual pone en crisis su función. El ser humano está llamado a la plenitud, a la perfección, a la felicidad completa, que vendrá como consecuencia de la lucha personal, indispensable para el propio perfeccionamiento. Pero eso no será posible si se carece de ideales en la vida, menos aún, si se pierde la capacidad de tener esos ideales. El relativismo produce esta incapacidad.

Una vez perdido el sentido de la vida, por ausencia de ideales, la persona se inclina hacia lo inmediato. Lo que procede ahora es tratar de vivir el momento, procurarse todo tipo de experiencias placenteras, multiplicar lo más posible las vivencias que ofrezcan satisfacciones sensibles. En una palabra, adoptar el *hedonismo*, la búsqueda del placer a toda costa, como estilo de vida, pretendiendo así resolver la propia existencia.

Pero pronto se experimenta que ese estilo de vivir y esos recursos no satisfacen las profundas exigencias de felicidad que llevamos todos en lo más hondo de nuestro ser. Y entonces, al no encontrar la salida auténtica, por haber renunciado a los ideales, aparece el intento de huir de nosotros mismos. Y aquellos supuestos satisfactores —entre los que cabe destacar en nuestros días el alcohol, la droga y el sexo—, que originalmente se buscaban para resolver la propia existencia, se convierten ahora —con el consiguiente aumento de intensidad en la dosis— en *evasiones* para no enfrentarse

uno consigo mismo, es decir, para huir de una existencia carente de sentido. Y el resultado final de este proceso no puede ser otro que la *autodestrucción*, a la que, como veremos a continuación, se llega también por otros efectos del mismo relativismo.

Todas estas consecuencias del relativismo —la superficialidad y la mediocridad, por ausencia de compromisos y de metas; la falta de sentido de la vida, el hedonismo y la búsqueda de evasiones, por carencia de ideales— producen un tipo de hombre caracterizado por la indiferencia, el aburrimiento, la falta de interés, el abandono, la dejadez. Por desgracia, no es difícil descubrir a nuestro alrededor, hoy en día, personas con estas características, que suelen manifestarse visiblemente en su aspecto externo: en la forma de vestir, de caminar, en las posturas, en la expresión de la cara, en la mirada.

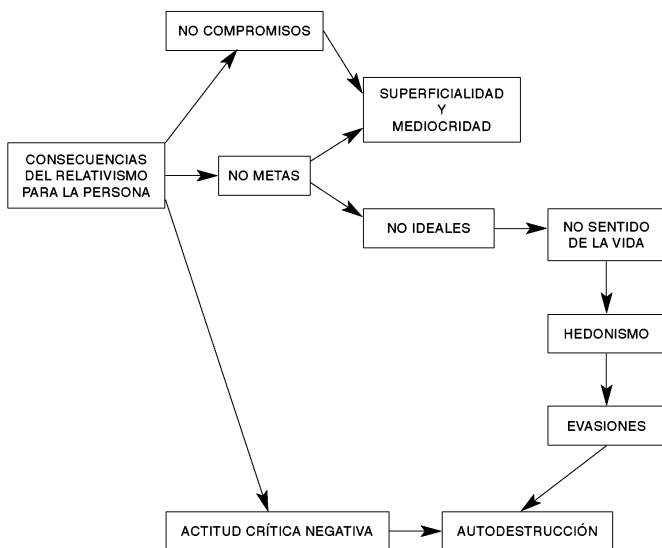
La autodestrucción

Frecuentemente, la causa más próxima de que alguien sea relativista es la educación que ha recibido. Y en la actualidad son muchas las instituciones educativas que promueven el relativismo, quizá en algunos casos sin pretenderlo. El arma principal con que esta orientación cuenta para producir ese resultado es la *actitud crítica radical*: jamás hay que admitir verdades absolutas, antes de aceptar cualquier idea es preciso ponerla en tela de juicio, hay que rebelarse contra lo establecido, cualquier afirmación que se presente como definitiva debe ser rechazada. No se trata propiamente de una vuelta a la duda metódica

cartesiana, que independientemente de sus resultados pretendía positivamente llegar a la verdad. Aquí lo que importa es la actitud *negativa* de rechazo, el espíritu crítico permanente, pues se ha renunciado a la verdad, al asumir el relativismo como postura.

Tal actitud de crítica negativa se convierte en algo *destructivo* para la propia persona: quien asume la negatividad como orientación para sus juicios, se acaba vaciando interiormente, al cerrarse a sí mismo la puerta para nutrirse con la verdad. Es semejante a lo que ocurre a quien, por no haber sido educado para saborear y asimilar cualquier alimento, procede caprichosamente y rechaza lo que se le ofrece, hasta incurrir en la anorexia.

El siguiente cuadro puede facilitar la comprensión de lo que hemos dicho en este apartado:



La contradicción del relativista

En su momento vimos cómo la tesis del relativismo, «*toda* verdad es relativa», encierra en sí misma una contradicción: se afirma que la verdad es siempre relativa, a la vez que se postula una verdad absoluta y universal. Del mismo modo, el relativista se contradice con su *actitud*. Primero adopta una actitud de «apertura» por ausencia de verdades definitivas: como toda verdad es relativa, ninguna de las que posee admite ser propuesta o defendida con firmeza. Pero después se encuentra ante una disyuntiva: o adopta una actitud «cerrada» para mantenerse en su postura, o cede y reconoce que no toda verdad es relativa. En ambos casos incurre en la contradicción: porque, o renuncia a su actitud «abierta», o a la misma tesis del relativismo.

CONSECUENCIAS PARA LAS RELACIONES CON LOS DEMÁS

El egoísmo

Si cada quien tiene «su verdad», porque no hay verdades objetivas ni universales, lo que se impone es el respeto total a la verdad de los demás, que es tan válida como la propia. Y el respeto a esa verdad, diversa de la mía, exigirá evitar cualquier influencia personal en el otro: será preciso mantener, en todo momento, una actitud de *neutralidad*.

Pero, en la práctica, esto no parece posible, porque la neutralidad total sólo se conseguiría mediante

el aislamiento respecto de los demás. Y el hombre, por naturaleza, vive en sociedad, tiene necesidad de convivir con sus semejantes, lo cual produce, quiéralo o no, un intercambio de influencias, tanto en lo que se refiere al contenido de las verdades que cada uno sostiene, como a las actitudes que asume ante la verdad.

Ciertamente, el afán de neutralidad puede inclinar hacia el aislamiento, aunque no consiga eliminar del todo la natural sociabilidad humana. En ese caso, el efecto que esa inclinación produce es de *egoísmo*, con el consiguiente desinterés por los demás: se puede acabar viviendo exclusivamente para sí mismo, con la excusa de no influir en el prójimo y de respetar «su verdad».

La influencia por falta de compromisos y de metas

La influencia sobre los demás es, pues, inevitable. Todos transmitimos, con nuestra conducta, contenidos y actitudes que influyen. Cada quien proyecta lo que es y lo que lleva dentro. Ciertamente, hay influencias e influencias. La que nos interesa analizar ahora es la del relativista. El camino para el análisis puede seguir el mismo esquema que el del apartado anterior, precisamente por lo que acabamos de decir: las consecuencias que el relativista padece en su persona son las que proyecta sobre los demás. Su influencia es, fundamentalmente, una influencia *por contagio*.

El relativista, según hemos visto, tiende a ser *superficial y mediocre*. Su influencia, en este sentido,

es por ausencia de contenido, lo cual no deja de tener su importancia: al no poseer nada, o casi nada que valga la pena, para aportar a los demás, los empobrece, los frena en su crecimiento. Su actitud, provocada previamente por la *falta de compromisos y de metas*, invita a la pasividad. Por contraste, hay personas que nos hacen crecer por la riqueza interior que nos transmiten, por el afán de superación que nos contagian. Suelen ser personas que creen en la verdad.

Para evaluar la influencia de quien, por *falta de ideales*, ha perdido *el sentido de la vida* y, en consecuencia, ha derivado hacia el *hedonismo* y la búsqueda de *evasiones*, no hay más que observar la sociedad actual: estos males se han multiplicado enormemente por su capacidad de contagio. Y es que, al haber tanta gente que no tiene apoyos firmes, que se encuentra debilitada y desorientada, que no sabe a dónde va, ni qué quiere, el relativista encuentra el terreno abonado para sembrar entre ellos su estilo de vida. Además, de ordinario, quien ya ha recorrido el ciclo completo hasta acabar en la búsqueda de *evasiones* —la droga, el alcohol, el sexo—, experimenta una especie de necesidad de comunicar a otros sus experiencias, tal vez para tratar de aliviar en algo la soledad que padece. No es difícil que encuentre eco entre aquellas personas que han renunciado a luchar por unos ideales que darían sentido a su existencia.

La influencia por la actitud crítica

La influencia que la *actitud crítica* tiene en los demás, requiere que la analicemos con un poco más

de detenimiento. En primer lugar, hay que decir que resulta especialmente contagiosa. Pensemos no tanto en los efectos negativos que el contenido de esas críticas puede producir en los demás, que son evidentes, sino en la transmisión de *la actitud* por parte de quien sistemáticamente critica. Es una de las cosas más fáciles de contagiar, por la facilidad para encontrar receptores. El espíritu crítico muchas veces es el cauce para desahogar una situación de malestar interior que no se sabe resolver; otras, el camino para justificar situaciones personales; algunas más, para ocultar el vacío interior que se experimenta por carencia de verdaderas convicciones. Como hay tanta gente que padece estas anomalías, las manifestaciones críticas se absorben con gran facilidad, como la tierra árida absorbe el agua de las lluvias tempranas.

De este modo, el relativista, al contagiar su espíritu crítico, colabora a la destrucción interior de los demás: les proporciona las armas para deshacer aquellos puntos de apoyo —las verdades objetivas—, que podrían ofrecerles las auténticas soluciones a sus necesidades vitales.

En segundo lugar, el fondo crítico del relativista dificulta el verdadero *diálogo*, por dos razones:

a) el diálogo consiste en intercambiar ideas, contenidos, impresiones. Esto exige, efectivamente, una actitud de apertura ante la postura del interlocutor, para respetar sus puntos de vista, escuchándolos con atención e interés. Pero ocurre que el relativista, que hace alarde de esa apertura, no tolera que el otro manifieste con convencimiento una idea, una verdad, porque le parece que eso ya es «dogmatismo». Y él

se considera llamado a combatir esta deformación. Con lo cual, en ese momento hay que terminar el diálogo. La única posibilidad de dialogar exigiría que el otro no hiciera afirmaciones definidas, sino siempre provisionales, que no expresara sus verdaderas convicciones, para que el relativista no reaccionara críticamente y pudiera continuar el diálogo. Pero una comunicación con estas condiciones no podría llegar lejos, carecería del intercambio de verdaderos contenidos;

b) una de las principales finalidades del diálogo radica en profundizar en la verdad. Para esto se dialoga, cuando se dialoga en serio. Pero si no se cree en la verdad, porque de antemano se ha decidido que «toda verdad es relativa», y si la actitud crítica lleva a rechazar todo lo que tenga carácter de permanencia y universalidad, ¿cómo se podrá profundizar en *la verdad*? Otra vez, unos versos del poeta vienen en nuestro auxilio, para ilustrar lo que sería necesario admitir, si se quisiera alcanzar esta finalidad del diálogo:

«¿Tu verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela»

(A. Machado, *Proverbios y Cantares*)

*El relativista se contradice
en sus relaciones con los demás*

En los párrafos anteriores ha quedado de manifiesto en qué medida el relativista incurre en la con-

tradicción, al relacionarse con los demás. Primero, porque no es posible que mantenga la neutralidad que postula, ante quienes le rodean, ya que necesariamente influye en ellos, por contagio; segundo, porque su actitud de apertura y respeto ante las verdades de los demás se contradice con su actitud crítica ante esas mismas verdades, en cuanto alguien las presenta con convencimiento; y tercero, porque frecuentemente adopta una actitud de intransigencia con las personas, sobre todo cuando no comparten con él su postura ante la verdad. Esto último pone de manifiesto hasta qué punto el relativista es un dogmático, que sólo admite que «todo es relativo».

Al inicio de este capítulo decíamos que existen dos modos de ser y de pensar, con los que se suele calificar a las personas: «abierto» o «cerrado»; y que, llevados a sus extremos, originan dos actitudes radicales ante la verdad: el *relativismo* y el *dogmatismo*, respectivamente. Hemos analizado el relativismo y hemos podido comprobar hasta dónde, cuando esta postura se radicaliza, puede apartar de la verdad, así como las graves consecuencias que acarrea.

El dogmatismo, como tendremos ocasión de ver a continuación, supone una deformación ante la verdad, tan radical como la del relativismo, pero en el otro extremo, y sus consecuencias son también altamente dañinas.

III. EL DOGMATISMO Y SUS CONSECUENCIAS

A nadie le gusta que lo califiquen de «dogmático». El término suena mal, tiene carácter peyorativo. Se suele emplear en tono de acusación. Cuando a alguien se le dice que es un dogmático, implícitamente se le está sugiriendo que rectifique su actitud, porque resulta desafortunada. Y quien recibe ese calificativo, experimenta una resistencia instintiva a aceptarlo. Sin embargo, en la práctica, la gente incurre en la actitud dogmática con mayor frecuencia de lo que parece.

Pensemos, por ejemplo, en el padre de familia que se sitúa muy por encima de sus hijos y, al mismo tiempo, quiere que piensen como él en todas las materias; que tiene ideas fijas y es inflexible en sus puntos de vista; que rechaza enérgicamente la música que ellos escuchan, la forma en que visten, el modo como se desenvuelven, por la sencilla razón de que en su época las cosas eran diferentes; que no se interesa por los intereses de sus hijos y, en cambio, exige que ellos le hagan caso de forma incondicional;

que nunca acepta sus errores, por lo que es incapaz de rectificar; que siempre tiene la última palabra y expresa sus opiniones de forma contundente, sin dar lugar al diálogo. Esta descripción quizás pueda parecer, por exagerada, la caricatura de un padre dogmático, pero también puede ocurrir que coincida con la realidad en algunos casos, o al menos en algunos aspectos.

¿Qué significa el término «dogmático», que hemos ilustrado con el ejemplo anterior? Sintéticamente podemos señalar que se hace merecedor de ese calificativo quien da la impresión de que todas sus afirmaciones tienen la categoría de un «dogma», es decir, de una verdad absoluta e infalible, aunque se refiera a cuestiones opinables e incluso de poca importancia.

¿Dónde radica el origen de la actitud dogmática? Tal vez nos sentiremos inclinados a buscar una primera explicación en los rasgos caracterológicos de quien sustenta esa postura. Pensaremos que se trata de una persona con un temperamento fuertemente emotivo, apasionado, dominante, propenso a la precipitación, arrebatado, poco reflexivo. Ciertamente, por esta vía psicológica se puede encontrar una respuesta ilustrativa. Sin embargo, cabe también intentar una explicación de carácter filosófico, preguntándonos sobre la concepción de la verdad que da origen a la actitud dogmática, tal como lo hicimos al tratar del relativismo.

¿Cómo concibe la verdad el dogmático, que parece tan seguro de poseerla siempre y da la impresión de que en él no cabe el error? Esta pregunta remite a las causas que dan origen al dogmatismo y que aparecerán a continuación.

QUÉ ES EL DOGMATISMO

La filosofía realista nos dice que la verdad consiste en la adecuación de la inteligencia con la realidad, de manera que una persona está en la verdad cuando conoce las cosas como son. Y el sentido común reconoce tres principios, por demás evidentes: que la capacidad de la inteligencia humana es limitada; que la realidad es compleja; y que la verdad está en las cosas antes que en el pensamiento. Cuando se traicionan estos principios, se incurre en el *dogmatismo*. Veámoslo, siguiendo ese orden.

En primer lugar, si *se sobrevalora la capacidad de la inteligencia* y se considera que es muy fácil conocer la verdad, se da lugar a una exagerada seguridad subjetiva de estar siempre en la verdad, y se excluye la posibilidad de que la inteligencia se pueda equivocar. Quien así piensa se convierte necesariamente en un dogmático.

Cabe señalar que esa confianza ciega en la capacidad de conocer las cosas sin error, puede no referirse a la propia inteligencia, sino a la de otra persona, en cuyo caso el resultado es el mismo: se tiene una total seguridad de que lo que esa otra persona afirme, en cualquier terreno, es siempre absoluto y verdadero.

En segundo lugar, si al conocer la realidad *se reduce o se simplifica su contenido*, también se pensará que es muy sencillo conocerlo todo con certeza y sin error. Además, quien procede de esta manera superficial, se sentirá eximido de fundamentar sus afirmaciones; una vez que ha eliminado la riqueza y complejidad de la realidad, el conocimiento de esa

realidad empobrecida le resulta evidente y no requiere de mayor fundamentación.

En tercer lugar, si se considera que la verdad está en la mente humana antes que en la realidad, entonces se podrá *prescindir de la realidad* porque la razón del hombre se bastará a sí misma para conocer la verdad. Algo será verdadero no porque se adecúe a la realidad, sino porque tenga claridad intrínseca, lógica interna, coherencia formal. Esta postura se denomina *racionalismo*, por el predominio de la razón sobre la realidad, en el proceso del conocimiento. El racionalista se siente completamente seguro de la verdad, aunque los hechos y la realidad sugieran otra cosa.

Con estos elementos podemos afirmar que *el dogmatismo* es el convencimiento de que la inteligencia humana puede conocer siempre la verdad, con facilidad y plena certeza, sin necesidad de fundamentarla ni tampoco confrontarla con la realidad. Tal convencimiento se apoya en una de estas *tres causas*: la sobrevaloración de la inteligencia; la reducción o simplificación de la realidad; la adopción del racionalismo, que prescinde de la realidad. Y ese convencimiento, finalmente, se traduce en la actitud de aferrarse, de forma irracional, a la supuesta verdad que se posee.

Cabe advertir que, evidentemente, el término dogmatismo no se refiere a los «dogmas» religiosos definidos por el magisterio de la Iglesia y que exigen del cristiano una adhesión irrevocable de fe. Tampoco, a la actitud de certeza ante los primeros principios del conocimiento —que son evidentes—, ni a las verdades científicas demostradas y fundamentadas.

Una vez establecido qué es el dogmatismo, habrá que analizar sus consecuencias, para la persona que lo asume y para sus relaciones con los demás. Seguiremos para ello el orden de las tres causas que nos han permitido definir el origen de esta postura. Para facilitar la comprensión, cada una de las consecuencias que vayamos estableciendo irá seguida de algún ejemplo concreto, obtenido de la experiencia.

SOBREVALORACIÓN DE LA INTELIGENCIA

La primera causa para incurrir en el dogmatismo consiste, según hemos visto, en sobrevalorar la capacidad de la inteligencia, lo cual da origen a una exagerada seguridad subjetiva de poseer siempre la verdad, sin admitir que se pueda incurrir en el error. ¿Qué efectos tiene esta actitud? ¿Qué ejemplos concretos pueden ilustrar esas consecuencias?

Consecuencias para la persona

La *autosuficiencia* es el primer efecto derivado del exceso de confianza en la propia capacidad intelectual o en la de aquél en quien deposita esa confianza. El autosuficiente prescinde de los demás al elaborar sus puntos de vista, le parece que nada tienen que aportar. Los desprecia porque cree bastarse a sí mismo. De ahí que se cierre egocéntricamente en «su mundo», constituido de criterios infalibles y absolutos que él ha concebido.

Pensemos, por ejemplo, en un intelectual dedicado a la investigación, que cada día pierde mayor contacto con la gente, que reflexiona solitariamente y sin contrastar sus conclusiones con nadie, que no se interesa por las aportaciones de sus colegas sobre la materia que investiga, y que, en definitiva, no le interesa más que lo que procede de sí mismo. Tiene tal seguridad en los resultados de su actividad intelectual y tan poco aprecio por los demás, que tampoco le importa si su punto de vista será aceptado: «peor para ellos si no están de acuerdo», acabará por afirmar, en un alarde de autosuficiencia.

Quien posee tal seguridad subjetiva se hace *inflexible y rígido*. Le parece que las cosas no pueden ser más que como él las ve y no está dispuesto a ceder, aunque los hechos u otras personas le sugieran la posibilidad de rectificar. No admite matices ni excepciones a sus puntos de vista, aunque las circunstancias así lo requieran, pues vive aferrado tercamente a la única línea posible de pensamiento que es la suya.

Consideremos la situación de la persona que tiene a su cargo la dirección de un centro de enseñanza, que se apoya exclusivamente en sus propios esquemas al realizar el trabajo, y que además nunca está dispuesta a modificar esos esquemas. Desde los primeros momentos comienza a recibir sugerencias de los profesores y de los padres de familia para que introduzca ciertas modificaciones a sus enfoques sobre el modo de manejar la escuela, ya que les parece que no se acoplan del

todo a la realidad. Como ella no es capaz de ajustar con flexibilidad sus criterios a las circunstancias, no acepta tales sugerencias. Prefiere mantener rígidamente su sistema de funcionamiento. La consecuencia no se hace esperar: comienza a tener conflictos con los profesores, con los padres de familia, con los alumnos, por su modo unilateral de proceder. Pero esto tampoco la lleva a rectificar —su falta de flexibilidad no se lo permite—, con lo que se produce en ella una creciente tensión interior, que no sabe cómo resolver. Más aún, tal estado de ánimo hace crecer progresivamente su tendencia a la rigidez, con lo que se genera un círculo vicioso: la inflexibilidad inicial origina conflictos; los conflictos generan tensión; la tensión aumenta la rigidez, y así sucesivamente, hasta llegar al rompimiento de la personalidad.

La seguridad del dogmático se manifiesta ordinariamente en *afirmaciones tajantes*, en declaraciones rotundas, porque no cuenta de ninguna manera con la posibilidad de que las cosas puedan ser de otro modo a como él las ve. Bien sabemos que, en la realidad, rara vez ocurre que algo sea totalmente blanco o negro, casi siempre hay mezcla de otras tonalidades —como dato ilustrativo, las pantallas de muchas computadoras proyectan cientos de colores o tonos de gris—, pero en este caso es tal la confianza en el propio punto de vista que no hay lugar para esas precisiones: todo se ve de un solo color, unilateralmente, y las afirmaciones que derivan de esa visión suelen ir acompañadas de calificativos que las hacen exageradas y, en consecuencia, falsas.

Algunas expresiones que ejemplifican lo anterior: «el existencialismo es una corriente filosófica totalmente equivocada»; «la filosofía aristotélicotomista ha quedado completamente superada»; «la era nueva, bajo el signo de Acuario, hará al hombre absolutamente feliz», como aseguraban los seguidores del movimiento *new age*; «en la sociedad contemporánea se han perdido todos los valores morales y la pérdida es irreversible».

El que sobrevalora su propia inteligencia fácilmente cae en el defecto de *opinar de todo*, aun cuando a nadie le interese su punto de vista. Para cualquier asunto tiene una respuesta. Se siente como autorizado para dictaminar el criterio ante cualquier cuestión. Tiene siempre la última palabra.

Suele ocurrir que cuando alguien ha destacado en algún campo de la vida, por ejemplo en el mundo del arte, se considere con derecho a hablar de cualquier tema con autoridad, aunque se trate de asuntos que nada tengan que ver con su especialidad. Lo mismo pasa en el ámbito político, intelectual e incluso eclesiástico, con el consiguiente desconcierto a que esto puede dar lugar.

Consecuencias para las relaciones con los demás

El dogmático, al estar convencido de que sólo él tiene la razón, pretende *imponer sus ideas* a los demás. Para ello no se vale tanto de argumentos racionales que demuestren objetivamente lo que sostiene, sino de la autoridad con que se considera investido,

aunque poco tenga que ver con la materia a la que la idea se refiere.

Cuando el papá dice al hijo «esto es así porque soy tu padre», está encarnando caricaturescamente esta postura. Lo mismo el profesor que, mediante el recurso de levantar la voz, quiere que sus alumnos acepten sus ideas, en lugar de ofrecerles unas explicaciones convincentes. O la secta religiosa que ofrece beneficios materiales para que la gente se adhiera a su doctrina. Todos estos modos de imponer las ideas tienen en común la falta de razones para fundamentarlas.

En esa misma línea aparece la consecuencia de que el dogmático *no da cabida al diálogo*. Dialogar significa cambiar impresiones, escuchar y comunicar ideas, con el objeto de profundizar en el asunto de que se trate y conocerlo con objetividad. Esto supone flexibilidad, apertura, capacidad de rectificación, condiciones que no existen en quien sólo pretende ser escuchado e imponerse.

Frecuentemente los padres no se entienden con sus hijos por un prurito de mantener como una cierta distancia ante ellos para no perder autoridad. Esto les hace incapaces de reconocer sus errores ante los hijos, y de rectificar cuando se equivocan. En consecuencia, la conversación se convierte en monólogo, porque el hijo, ante esa actitud de los padres, prefiere no decir nada.

Tampoco sabe el dogmático *trabajar en equipo*, porque esta forma de trabajo exige la combinación

de las cualidades de los diversos miembros que intervienen, la integración de todos ellos, para conseguir un resultado armónico y eficaz. Pero el dogmático no se integra porque no valora las cualidades de los demás: sólo las suyas valen.

El director de una empresa con estilo de «dictador», que se impone siempre, que no escucha a los demás, que no les permite participar en las decisiones, que manipula a sus colaboradores para que acaben haciendo lo que él quiere, es un caso evidente de incapacidad para el trabajo en equipo.

La consecuencia final para el dogmático que sobrevalora el poder de la inteligencia humana, y se si-

CONSECUENCIAS DEL DOGMATISMO POR SOBREALORACIÓN DE LA INTELIGENCIA

PARA LA PERSONA:

1. Se hace autosuficiente.
2. Es inflexible y rígido.
3. Hace afirmaciones tajantes.
4. Opina de todo.

PARA LAS RELACIONES CON LOS DEMÁS:

1. Impone sus ideas.
2. No da cabida al diálogo.
3. No trabaja en equipo.
4. Es rechazado por los demás.

túa por encima de los demás, es que acaba siendo *rechazado*.

Un clásico ejemplo es el del «alumno modelo», que sólo piensa en quedar bien, que es siempre el primero en contestar a las preguntas del profesor, que se sonríe irónicamente ante las intervenciones de sus compañeros, a quienes considera siempre inferiores. Su actitud lo convierte en alguien insoportable para los demás.

REDUCCIÓN O SIMPLIFICACIÓN DE LA REALIDAD

El segundo modo de incurrir en el dogmatismo, según nuestro análisis, consiste en reducir o simplificar el contenido de la realidad. Es como la otra cara de la moneda de la sobrevaloración de la inteligencia. En este caso resulta fácil conocer la verdad sobre cualquier cosa porque la mente lleva a cabo una operación reductiva, de empobrecimiento de la realidad, de manera que su conocimiento no ofrece resistencia alguna. Veremos a continuación qué efectos prácticos tiene este proceso.

Consecuencias para la persona

Una primera consecuencia que deriva de este proceso de simplificación o reducción es la tendencia a hacer *juicios parciales*, incompletos, sin matices, que resultan falsos porque no corresponden cabalmente a la realidad. En el dogmático estos juicios

suelen expresarse con gran seguridad y contundencia, precisamente por la falta de matices.

Al hablar de un tema tan controvertido como el de la paternidad responsable, alguna vez se escucha la siguiente afirmación: «el control de los nacimientos se opone a la moral cristiana». Quien hace esta aseveración radical incurre en la postura dogmática, porque le faltan dos matices para que la afirmación sea verdadera: que el control de la natalidad se realice sin causas justificadas, o bien por medios ilícitos.

En la vida de todo hombre existen problemas de diversa índole, que debe resolver. El primer paso para solucionar cualquier problema consiste en conocerlo en su verdadera dimensión, y esto normalmente supone el esfuerzo de estudiarlo y analizarlo con profundidad. El dogmático, con su inclinación reduccionista, suele *simplificar los problemas*, considerando que tienen poca entidad y, en consecuencia, pretende resolverlos con soluciones que resultan insuficientes. En otras palabras, tal simplificación produce superficialidad, tanto en el diagnóstico del problema como en su solución.

El gobierno que se plantea el problema del desarrollo del país y pretende resolverlo con medidas exclusivamente económicas, no puede conseguir resultados satisfactorios porque está dejando de lado aspectos esenciales para la solución de fondo del problema, como sería la educación. Ciertamente la economía juega un papel determi-

nante en el desarrollo, pero evidentemente no lo es todo. Lo mismo ocurre en el nivel personal: el psiquiatra freudiano que concibe al hombre bajo una perspectiva pansexualista, como si todos los problemas tuvieran su origen en el terreno sexual, lógicamente no podrá resolver las situaciones que escapan a este nivel, como serían las que se refieren al sentido de la vida y que tienen gran repercusión en la conducta humana.

Una variante de esta misma tendencia del dogmático es que elabora sus proyectos sin bases suficientes y se convierte en *idealista*. Se propone metas inalcanzables que a él le parecen factibles, objetivos complejos que espera lograr fácilmente.

El profesional que acaba de terminar la carrera, y aún tiene poca experiencia en su trabajo, suele elaborar planes ambiciosos sin considerar las dificultades con las que se encontrará. Muchas veces el resultado puede producirle frustración, por la distancia entre lo que esperaba conseguir y lo que de hecho logró. La causa de este resultado ha sido la falta de profundidad en el conocimiento de la realidad concreta, es decir, el idealismo propio de quien carece de experiencia.

La inclinación al simplismo y a la superficialidad, por parte del dogmático, le lleva a *no fundamentar* sus ideas, a prescindir de argumentos para demostrar lo que piensa, pues, una vez hecha la reducción, le parece que todo es claro y evidente. De aquí que con frecuencia haga afirmaciones gratuitas, se apoye sin

necesidad en «argumentos de autoridad», o prescindida de la jerarquía que hay entre las verdades. Tres modos de proceder carentes de fundamento objetivo.

Las afirmaciones gratuitas se hacen continuamente en la propaganda comercial: se asegura que un determinado producto es «el mejor del mercado», pero no se explica por qué.

En cuestiones morales que tienen su fundamento en la ley natural, a veces se prefiere recurrir al argumento de autoridad: «es pecado robar, porque lo dice la Iglesia», en lugar de explicar que el robo se opone a la virtud de la justicia y supone un atentado contra los derechos humanos; que, además, Dios mismo quiso revelar un mandamiento expreso que condena esa acción, para confirmarnos en lo que podíamos conocer con nuestra propia razón. Por esas razones —por ir contra la justicia y los derechos humanos, y por ser un mandamiento dado por Dios— la Iglesia afirma que robar es pecado, lo cual es muy distinto que decir que «es pecado porque lo dice la Iglesia».

Hay personas que son muy responsables, pero no saben jerarquizar las diversas obligaciones que deben atender en su vida ordinaria. Todo les parece «igualmente urgente e importante», porque no saben distinguirlo de lo secundario. El resultado de esta deficiencia no es otro que la angustia y el agobio permanentes.

Si a la falta de argumentos racionales para fundamentar los propios puntos de vista, se añade una buena dosis de emotividad, de apasionamiento por lo

que se sostiene, entonces el dogmático incurre en el *fanatismo*. Fanático es aquel que promueve o defiende con vehemencia una idea, sin comprenderla en su verdadera medida. Ordinariamente supone una exageración, provocada por la carga emotiva y la ausencia de reflexión.

De su equipo favorito de futbol, el fanático asegura que es el mejor de todos, aunque los resultados digan lo contrario. Está convencido de que su partido político resolverá todos los problemas, aunque no sepa cómo lo llevará a cabo. De la institución eclesiástica o del movimiento religioso en el que colabora, afirma ser lo único capaz de ayudar verdaderamente a las personas, a la vez que critica superficialmente cualquier otra opción.

Cuando se trata de actuar, el fanático suele hacerlo con precipitación, sin deliberación previa, pero con la firme determinación de lograr el objetivo que persigue. Desecha irracionalmente otras posibilidades, rechaza otras ideas que se le puedan ofrecer, porque le estorban en su cometido. Polariza todas sus energías en la promoción de la única idea que le mueve, en la consecución de la meta que persigue, con lo cual puede ser eficaz a corto plazo. A la larga, esta eficacia suele desvanecerse, por la dificultad de dar continuidad a un cometido que, desde su origen, era parcial y estaba destinado a chocar con la realidad.

Los grupos políticos de extrema izquierda y, tal vez con mayor evidencia aún, los movimien-

tos político-religiosos de extrema derecha, encarnan estas características.

Consecuencias para las relaciones con los demás

Cuando la tendencia del dogmático a la simplificación se proyecta hacia los problemas de los demás, son ellos quienes padecen las consecuencias, porque *no les proporciona soluciones eficaces*.

El padre de familia que considera muy importante la educación de sus hijos, pero en la práctica sólo convive con ellos de vez en cuando, porque considera que no hace falta más para educarlos bien, no logrará los resultados que desearía. Proporcionar a los hijos una buena educación es una tarea muy compleja, que exige, entre otras cosas, dedicación efectiva por parte de los padres, tiempo real, convivencia estrecha.

En el conocimiento de otras personas, el dogmático proyecta su reduccionismo y su superficialidad mediante *clasificaciones simplistas*: buenos o malos, inteligentes o tontos, trabajadores o perezosos, eficaces o ineficaces, progresistas o conservadores, de izquierda o de derecha. Le bastan unos cuantos datos para catalogar a una persona, como si se tratara de ponerle una etiqueta que tendría disponible de antemano. Y una vez que ha colocado la etiqueta, juzga todos sus actos en función de ella, sin detenerse a analizarlos en concreto. Si la etiqueta es negativa, la persona no podrá hacer nada que tenga valor; si es positiva, se idealizarán todas sus acciones.

Cuando unos padres de familia, preocupados por mejorar las opciones educativas para sus hijos, promueven un colegio y fijan unas mensualidades que permitan cubrir los gastos operativos de la institución, inmediatamente reciben el calificativo de «elitistas», aunque prevean un generoso porcentaje de becas para alumnos que no pueden pagar la mensualidad, e incluyan en las mismas instalaciones de la escuela una sección nocturna para estudiantes de escasos recursos, a los que les cobran una cuota simbólica.

Quien no posee una visión objetiva de la realidad y de las personas, sino reductiva y simplista, *carece de condiciones para dirigir* a otros. Como no sabe jerarquizar, suele exigir en lo secundario como si se tratara de lo importante, con las consiguientes consecuencias negativas. Si tiende al idealismo, fijará unos objetivos inalcanzables para los demás.

El director de una empresa que vive obsesionado por controlar el horario de trabajo de sus empleados y, en cambio, no pone atención en la calidad ni en los resultados que consiguen, es un claro ejemplo de exigencia en lo secundario. O el que decide que la empresa debe duplicar sus ventas y, en lugar de aumentar en la misma proporción el tiempo dedicado a vender, toma la medida de que su mismo equipo de vendedores trabaje una hora más al día: lógicamente no conseguirá lo que quiere, por su falta de realismo.

La consecuencia final, que el dogmático simplista padece en su relación con los demás, consiste en la

pérdida de autoridad moral. La gente va dejando de confiar en él, conforme descubre su parcialidad a la hora de juzgar o de actuar, por su falta de visión completa de la realidad.

Es el caso del gobernante que al inicio de su gestión, sin conocer con profundidad los problemas que le corresponde resolver, comienza a prometer soluciones. Conforme transcurre el tiempo, la gente espera los resultados prometidos, que no llegan. El gobernante en cuestión pierde el prestigio del que parecía gozar, por su simplismo en la forma de proceder.

CONSECUENCIAS DEL DOGMATISMO
POR REDUCCIÓN O SIMPLIFICACIÓN
DE LA REALIDAD

PARA LA PERSONA:

1. Hace juicios parciales.
2. Simplifica problemas, es idealista.
3. No fundamenta sus ideas.
4. Incurre en el fanatismo.

PARA LAS RELACIONES CON LOS DEMÁS:

1. No da soluciones eficaces.
2. Hace clasificaciones simplistas.
3. Carece de condiciones para dirigir.
4. Pierde autoridad moral.

LA ACTITUD RACIONALISTA

La actitud racionalista, vimos en su momento, se caracteriza por prescindir de la realidad, en el proceso del conocimiento, para apoyarse prioritaria o exclusivamente en la razón. Esto también da origen al dogmatismo porque se acaba excluyendo la posibilidad del error, al no contrastar ni medir las propias ideas con los hechos. Veremos a continuación algunos efectos que esta actitud produce.

Consecuencias para la persona

Quien elabora sus ideas al margen de la realidad se parece al arquitecto que proyecta un edificio sin tener en cuenta el terreno donde deberá construirse. Si se prescinde de las condiciones del terreno, resulta mucho más fácil proyectar una obra armónica y modulada, porque el artista no encontrará ninguna limitación a su inspiración. El problema surgirá cuando quiera convertir el proyecto en realidad, cuando descubra que el terreno donde deberá construirse «no le sirve», porque sus dimensiones y niveles no coinciden con lo que él concibió. El racionalista evita encontrarse en esta última situación, mediante el simple procedimiento de mantener sus ideas dentro de sí, sin confrontarlas con la realidad. Para fortalecer su posición, tampoco admite que otros penetren en sus concepciones y pretendan cambiárselas. El resultado final es lo que suele entenderse por un *hombre cerrado*, que se aferra rígidamente a sus puntos de vista —de aquí su dogmatismo— y rechaza toda posibilidad de modificación y de cambio.

Los llamados *tradicionalistas* dentro de la Iglesia encarnan esta postura. Son personas que no comprenden que la Iglesia deba abrirse a las exigencias del mundo contemporáneo, adaptarse a las nuevas circunstancias históricas, lo cual ciertamente exige modificar algunos elementos no esenciales de su estructura y de su funcionamiento. Para ellos todo es esencial y nada puede ser modificado. La Misa debe seguirse celebrando exclusivamente en latín y el sacerdote debe permanecer de espaldas al pueblo durante la celebración; no puede haber diálogo con los miembros de otras religiones, porque no hay nada que aprender de ellos, ni posibilidad de acortar las distancias; en definitiva, la única manera de salvar la fe católica consiste en mantener una postura cerrada y estática que la preserve de cualquier contaminación que pudiera surgir en el proceso histórico.

El encerramiento en sí mismo, propio del dogmático, produce falta de interés por la realidad exterior, lo cual hace que pierda la *capacidad de admirarse*, que no es pérdida poco importante. El progreso del hombre en cualquier campo de la vida —intelectual, artístico, moral— necesita de esa capacidad de admiración, que se convierte en un impulso permanente de crecimiento personal. En cambio, quien no es capaz de interesarse más que por lo que lleva en sus esquemas internos, no puede progresar porque se priva del alimento que procede de la realidad exterior. Su falta de capacidad de admiración le impide crecer, con lo que esto significa de empobrecimiento en su ser. Frecuentemente esa actitud se continúa en una

falta de ilusión por la vida, en un pesimismo que impide encontrar salida a los problemas, en ausencia de objetivos que orienten la conducta, en aburrimiento.

El burócrata que trabaja rutinariamente, sin afán de superación, sin objetivos definidos, sin que su actividad dé sentido a su existencia, acaba encerrado en un mundo subjetivo, lleno de tedio, en el que no hay cabida para la novedad y para el enriquecimiento de su persona.

Si bien es cierto, como vimos en el apartado anterior, que el dogmático puede ser eficaz a corto plazo en la acción práctica, también es verdad que si lo que origina su dogmatismo es una actitud racionalista —su falta de contacto con la realidad—, tenderá a sustituir los resultados prácticos por explicaciones teóricas. En otras palabras, pretenderá disimular su *falta de eficacia* mediante el recurso a la *justificación*. También es ésta una forma de dogmatismo, por lo que contiene de encerramiento en sí mismo y de seguridad subjetiva a la hora de justificarse.

Todos conocemos personas que están siempre hablando de lo que van a hacer, mientras que nunca se refieren a lo que han hecho. Cuando alguien les pregunta por cualquiera de los múltiples proyectos que han anunciado, ofrecen siempre una respuesta aparentemente satisfactoria para justificar el retraso en su realización. Se trata de personas teóricas que, a fuerza de encerrarse en su mundo de ideas, sustituyen los hechos por explicaciones.

Hay quienes, ante los problemas provocados por el factor humano, cuya solución consiste, en buena parte, en la atención personal de quienes se encuentran involucrados, sustituyen esa intervención directa sobre las personas, por *esquemas organizativos*. Pretenden que esos problemas se resuelvan mediante fórmulas de organización, de manera que dan tal importancia a las estructuras de funcionamiento que se olvidan del aspecto humano y de la atención personal que requieren quienes participan del asunto. Como el problema no se resuelve, por no atacar la causa de fondo, surgen nuevas dificultades, que se pretenden solucionar con nuevas estructuras de organización o modificando las anteriores. Ésta es también una forma de incurrir en el dogmatismo, por conducto del racionalismo, en cuanto que se evade la realidad y se sustituye cómodamente por esquemas intelectuales, presentados de ordinario con gran seguridad.

Cuando un miembro de una institución tiene conflictos con los demás, que han sido generados por diferencias de opiniones, por malas interpretaciones de ciertas actitudes o por juicios equivocados sobre las intenciones de los otros, no podrá superar esas dificultades por una vía «organizativa», sino humana, es decir, hablando con ellos, aclarando sus dudas, eliminando sus sospechas.

Consecuencias para las relaciones con los demás

En el orden práctico, la actitud del dogmático racionalista, que se aleja de la realidad, conduce a *la in-*

dependencia y a la autonomía, características de quien cree bastarse a sí mismo. Esto se puede traducir en un afán de actuar por cuenta propia, de rechazar todo lo que pueda significar sujeción, de rebelarse ante cualquier sistema establecido, de eliminar toda relación con los demás.

El adolescente que, en un alarde de rebeldía, decide abandonar la casa paterna, porque piensa que ya puede valerse por sí mismo, refleja esa actitud. Sin embargo, la mayoría de las veces que esto sucede, se ve obligado a regresar porque no es capaz de mantener su decisión, ante las exigencias de una realidad, de la que quiso prescindir, pero que ahora se le impone: tiene necesidad de alimento, de un techo para cobijarse y del cariño del hogar.

Del afán de independencia y autonomía, propio del dogmático, se deriva una consecuencia inevitable: *no se interesa por los demás*, prescinde de las personas. En consecuencia, no es capaz de comprender las circunstancias del prójimo, ni de proporcionarle ningún tipo de ayuda.

El científico investigador, que considera su trabajo como lo único importante, concentra en él toda su energía y se desentiende de las demás personas, pues quedan fuera del ámbito de sus intereses.

Tanto en el orden teórico como en el práctico, quien está convencido de que la verdad no puede

proceder más que de él mismo, *discrimina o descalifica a quienes no coinciden con sus ideas*, a quienes no piensan como él.

Un líder político que procede de este modo se acaba quedando solo. Inicialmente podrá encontrar colaboradores, mientras la relación con ellos sea superficial. Pero, conforme cada uno vaya exponiendo sus puntos de vista, comenzarán a aparecer las diferencias. Aunque las aportaciones de los demás puedan ser valiosas y enriquecedoras, no serán toleradas por el líder si no coinciden con lo que él ha pensado de antemano. Si los colaboradores insisten en que se tomen en cuenta sus ideas, el líder optará por despedirlos.

El dogmático que sólo confía en sus sistemas personales, y quiere que prevalezcan a como dé lugar, es incapaz de coordinarse con otros y respetar su trabajo. En la práctica, *atropella a los demás*, siempre que puedan suponer para él un obstáculo a sus intereses. Suele ser avasallador y no dar cabida a la iniciativa de los otros.

El nuevo rector de una universidad considera que quienes le han precedido han hecho todo mal, que es preciso cambiar todos los sistemas y procedimientos para que la universidad funcione, que él tiene en sus manos la solución definitiva para solucionar todos los problemas, y se lanza a actuar con plena seguridad y determinación. Los profesores de mayor experiencia le hacen ver que no conviene ser tan radical, que si bien hay muchas

cosas que mejorar, también hay otras que están bien resueltas. Pero él no pone atención y les obliga a que cambien todo y cuanto antes. Exige que dejen a un lado lo que venían haciendo, para concentrarse exclusivamente en la ejecución de las nuevas ideas que él ha traído. Su dogmatismo, pues, se proyecta en la falta de respeto al trabajo de los demás, a quienes le precedieron y a sus colaboradores actuales, que se ven atropellados por su forma de actuar.

El dogmático que prescinde de la realidad, frecuentemente se convierte en un *legalista*. Aunque este tema permitiría un desarrollo más amplio, señalamos aquí algunos rasgos característicos de este individuo:

— Se queda en la letra de la ley; convierte los criterios de acción, las normas de conducta, en «recetas» que aplica sin tomar en cuenta las circunstancias y las personas.

— Es rigorista porque sólo piensa en la norma, que debe aplicarse a como dé lugar: concibe las reglamentaciones como fin y no como medio.

— Considera ingenuamente que la aplicación de la ley debe resolver, de forma automática y por sí misma, todos los problemas, independientemente del sujeto al que se aplica y de sus circunstancias.

— Concibe, cómodamente, que la actuación humana tiene como fin la exclusiva adecuación a normas y reglamentaciones, desentendiéndose de los resultados que provoque. Esto último suele llevar consigo una buena dosis de egocentrismo, porque lo que real-

mente busca el legalista es la tranquilidad de su propia conciencia, mientras que los resultados y los efectos para los demás le tienen sin cuidado.

Algunos ejemplos que ilustran las actitudes anteriores

— El policía de tráfico —que está para servir a la comunidad— se encuentra ante un conductor que se pasó un *stop*, chocó y está herido; en lugar de comenzar por ayudarlo, se preocupa por ponerle la multa. Este policía, evidentemente, carece de criterio: funciona por «recetas», que se han de aplicar al margen de las personas y de sus circunstancias.

— El profesor que expulsa de la escuela a un alumno porque hizo una broma en clase, o la mamá que reacciona violentamente porque la hija llegó de la fiesta diez minutos después de la hora fijada. Ambos manifiestan rigorismo en esas reacciones desproporcionadas.

— El gobernador de un estado que pretende erradicar el narcotráfico, y reduce toda su intervención a exigir que se cumplan unas leyes que sólo contemplan una parte del problema, cuando la situación requeriría una acción mucho más compleja. Su falta de realismo le lleva a pensar ingenuamente que la sola aplicación de esas leyes resolverá la situación.

— El orientador familiar que, ante un matrimonio que acude a él para recibir consejo sobre el modo de ayudar a su hija que se ha enamorado de un divorciado, se reduce a recordarles las leyes morales sobre la indisolubilidad del matrimonio, la ilegitimidad

de los hijos de un matrimonio inválido, etc. —que por otra parte ellos conocen perfectamente—, en lugar de profundizar en el caso y ofrecerles sugerencias prácticas de ayuda a su hija. El orientador se queda tranquilo porque ha tenido ocasión de recordarles las normas que rigen la institución matrimonial, aunque no les ha ayudado a resolver el problema que le venían a plantear. Una postura cómoda y egoísta, amparada en la observancia de la ley.

En todos estos ejemplos se refleja la falta de realismo del legalista, cuyo problema de fondo consiste, una vez más, en prescindir de la realidad para buscar su seguridad subjetiva en las formulaciones mentales, lo cual deriva inevitablemente en el dogmatismo.

CONSECUENCIAS DEL DOGMATISMO POR LA ACTITUD RACIONALISTA

PARA LA PERSONA:

1. Se hace «cerrado».
2. Pierde capacidad de admiración.
3. Justifica su falta de eficacia.
4. Evade la realidad mediante esquemas.

PARA LAS RELACIONES CON LOS DEMÁS:

1. Es independiente y autónomo.
2. Discrimina a quien no piensa como él.
3. Atropella a los demás en el trabajo.
4. Se convierte en legalista.

Después de haber recorrido el largo camino del dogmatismo y sus consecuencias, surge la pregunta: ¿qué hacer para combatir las actitudes dogmáticas cuando se presentan en la vida personal? La respuesta podría reducirse a dos ideas: asumir el *realismo* como forma de pensamiento y obrar en consecuencia. Veamos brevemente qué significa cada una de ellas.

Asumir el realismo equivale a enfrentar directamente las tres causas que dan origen al dogmatismo, para corregirlas. De este modo: no se sobrevalora la inteligencia, sino que se admite su limitación; la realidad no se reduce ni se simplifica, sino que se reconoce su riqueza y complejidad; no se prescinde de la realidad para fundamentar la verdad en la sola razón, sino que se parte siempre de lo real y se cuenta con que la verdad está en las cosas «antes» que en la inteligencia.

Lo anterior, sin embargo, puede resultar un tanto abstracto para quien busque criterios más prácticos y vitales. Para ello hay que pasar a la segunda idea con que respondíamos a la pregunta: obrar en consecuencia, después de haber asumido el realismo. La postura realista aparece vinculada a unas condiciones y a unas actitudes que orientan la conducta humana. Su desarrollo constituirá el objeto del próximo capítulo.

IV. EL REALISMO

Entre el relativismo y el dogmatismo, dos posturas extremas y dos modos opuestos de concebir la verdad, se sitúa el realismo. La persona *realista* funda su vida en la verdad. Su actitud contrasta con la del relativista, porque está convencida de que la verdad es objetiva y universal, es decir, válida en sí misma e independiente de las apreciaciones subjetivas y personales; y contrasta también con la actitud del dogmático, porque reconoce que el conocimiento de la verdad no es tarea fácil, sino que supone un proceso paulatino de aproximación, con diversos niveles de certeza, según la verdad de que se trate.

La nota más característica del hombre realista consiste en *estar en la realidad*. Quien está en la realidad, se encuentra ubicado, centrado, con los pies en la tierra, sabe lo que quiere y lo que quiere es lo que objetivamente resulta mejor para él, de forma que su vida tiene sentido. El hombre realista es equilibrado y coherente porque vive como piensa y su conocimiento es verdadero, es decir, su conducta se ajusta a su pensamiento y éste coincide con la realidad.

El realismo es, según esto, una postura del conocimiento y, a la vez, una situación vital, porque no sólo consiste en conocer teóricamente la verdad, sino en vivir conforme a ella. Entre ambos aspectos existe una relación recíproca, porque cada uno remite al otro y lo hace posible. Quien conoce la verdad se encuentra inclinado a encarnarla en su propia vida; quien vive de acuerdo a la verdad fortalece el conocimiento que tiene de ella y favorece la posibilidad de conocerla con mayor hondura. Por el contrario, quien desconoce la verdad, carece de la guía necesaria para orientar oportunamente su vida; y quien, conociendo la verdad, no vive de acuerdo con ella, acaba por deformar ese conocimiento.

No es fácil *estar en la realidad*. Las posibilidades de que la inteligencia se equivoque de alguna manera al conocerla, son variadas. Y las dificultades para ajustar la propia vida a la verdad sólo se superan mediante un esfuerzo continuado. Por eso es que mucha gente se encuentra *fuera de la realidad*: lleva una existencia incoherente, conflictiva, sin sentido y sin rumbo, vive insatisfecha y angustiada. Quien no conoce la realidad como es, de forma completa y profunda, no puede situarse en ella, no puede ser realista; y quien, conociendo la realidad, no vive conforme a las exigencias de ese conocimiento, porque no quiere ajustar su conducta a los compromisos que de ahí derivan, tampoco puede *estar en la realidad*.

¿Qué *condiciones* se requieren, por parte de la inteligencia humana, para conocer la realidad como es en sí misma? ¿Qué *actitudes* hace falta fomentar para estar y mantenerse en la realidad? La respuesta a estas dos preguntas tendrá que darnos la pauta para

comprender, radicalmente, en qué consiste el realismo y cuáles son sus consecuencias.

CONDICIONES PARA CONOCER LA REALIDAD

Se trata de señalar los requerimientos que hacen posible el conocimiento de la verdad. Conocer la verdad significa conocer la realidad como es en sí misma. Sólo cuando se conoce la verdad se puede *estar en la realidad*. Las posibilidades de salirse de la realidad por deficiencias en el conocimiento son múltiples, de ahí que interese analizar algunas condiciones fundamentales que garantizan el conocimiento verdadero.

1. Aunque resulte evidente, hay que señalar que la condición inicial consiste en *reconocer que las cosas poseen su propia verdad*, independientemente de que yo las conozca, es decir, que tienen su propia constitución, su propio modo de ser y sus propias leyes que las rigen. Esto vale para todos los seres: desde una piedra cualquiera, que está sometida a la ley de la gravedad por su constitución material; o un objeto artificial, como un coche, en el que hay que observar unas leyes de funcionamiento derivadas de su fabricación —si, por ejemplo, se accionan los frenos en lugar del embrague para hacer el cambio de velocidad, o se presionan simultáneamente los pedales del freno y del acelerador, el automóvil se echará a perder por no respetar sus leyes—, hasta el ser humano, creado por Dios con unas leyes correspondientes a su naturaleza, que ha de cumplir si desea per-

feccionarse como persona y llegar al fin para el que ha sido creado: son leyes que existen independientemente de que el sujeto las conozca —como la obligación de respetar la vida de los demás, vivir la justicia, honrar a los propios padres—, porque no surgen de ese conocimiento —el hombre no las crea al conocerlas—, sino de la misma naturaleza humana.

La persona realista, por tanto, se sitúa ante las cosas con la intención de descubrir la verdad que *está en ellas*, lo cual tiene mucha importancia porque se opone a la tentación frecuente de querer considerar al sujeto como autor de la verdad, como si la existencia de la realidad, su constitución y sus leyes dependieran del acto humano de conocer: «esto es así porque yo así lo veo»; «aquello otro es bueno porque a mí me lo parece»; etc.

2. La siguiente condición para ser realista radica en el convencimiento de que la inteligencia humana posee la suficiente *capacidad para conocer la verdad con objetividad*, es decir, para adecuarse a la realidad como ésta es en sí misma. Esto es posible porque el entendimiento humano está configurado para coincidir con la verdad que está en las cosas, siempre que no intervengan en el proceso factores que deformen ese conocimiento.

Entre esos factores se encuentra, por ejemplo, *la imaginación* que, en ocasiones, produce serios distanciamientos de la realidad porque agranda los datos, exagera la información o incluso inventa lo que no existe. El realista conoce este peligro y se esfuerza por mantenerse en el nivel de lo objetivo, eliminando lo que pueda ser producto exclusivo de la fantasía.

Lo mismo ocurre con *los sentimientos*, que juegan un papel clave en la conducta. Si no se someten a la razón y a la voluntad, si no se encauzan adecuadamente mediante estas facultades, se convierten en fuente de conocimiento subjetivo. Los juicios de una persona en la que predomina el sentimiento no se suelen fundar en la realidad de las cosas, en el verdadero sentido de los acontecimientos, en el valor real de las personas, sino en la *impresión sensible* que las cosas, los acontecimientos o las personas producen en la sensibilidad. Si las impresiones son de simpatía, sólo se ven cualidades o conveniencias, que si no existen se inventan; si son de antipatía, no se ven más que defectos y aspectos negativos. El sentimental —el que es dominado por sus sentimientos— más que juzgar, pre-juzga, más que juicios tiene pre-juicios, pues los juicios verdaderos se basan en la realidad, no en las apariencias o impresiones.

Cuando la inteligencia está bien formada, sabe distinguir entre lo aparente y lo real, entre las impresiones y la verdad que hay en las cosas. En consecuencia, posee la capacidad para conocer la verdad objetiva y para estar en la realidad.

3. Sin embargo, tener capacidad para conocer la verdad con objetividad no quiere decir que sea fácil llegar a esa verdad. El realista admite que la *realidad* que se propone conocer es *compleja*, y reconoce que su *inteligencia* es *limitada*. Por eso cuenta con que el proceso para conocer las cosas exige tiempo y esfuerzo, y que muchas veces tendrá que conformarse con un conocimiento aproximativo de algunas realidades que sobrepasan ampliamente, por su con-

tenido o por su complejidad, la capacidad de su inteligencia.

Pero esto no equivale a incurrir en el escepticismo ni en el relativismo, posturas que consideran imposible el conocimiento de una verdad objetiva y universal. Lo que significa es que, si bien es posible conocer con objetividad muchas realidades o aspectos de la realidad, no lo es en todos los casos, porque para ello haría falta una capacidad intelectual paralela al contenido de la realidad, lo cual sólo es posible en Dios, Ser Absoluto. Por ejemplo, podemos conocer con plena objetividad y certeza que la luna existe, que dos más dos son cuatro, que el hombre es un ser corpóreo y a la vez espiritual, que matar a un inocente es un acto inmoral, etc. En cambio, nuestro conocimiento sobre el origen del universo, sobre la situación política actual del país, sobre la constitución del cerebro humano, sobre el momento preciso en que el alma se separa del cuerpo en un enfermo terminal, escapa a la precisión que nos gustaría tener.

4. Si se admite lo anterior, se aceptará también que vale la pena hacer un esfuerzo para dilatar la capacidad de la inteligencia y penetrar hasta donde sea posible en esa realidad compleja que se desea conocer. Esto se debe a que el realismo exige *profundidad* para que el conocimiento sea objetivo, para que se pueda decir que se adecúa a lo que las cosas realmente son. La persona profunda trasciende el nivel de las apariencias y penetra en lo íntimo de las realidades, para encontrarse con la verdad que las constituye, con aquello que las hace ser, y ser lo que son.

La profundidad no consiste en un saber erudito, en la mera acumulación de datos, porque no se apoya en un conocimiento extensivo sino intensivo. Saber qué es algo significa comprender aquella realidad «desde dentro» de ella misma, desde aquello que la constituye, desde el principio que unifica sus diversos aspectos. En ocasiones ocurre, por ejemplo, que una persona a la que pensábamos conocer muy bien nos sorprende con una reacción o con una actitud que nos desconcierta y que no entendemos. Lo que pasa en estos casos es que no hemos profundizado lo suficiente en el conocimiento de esa persona, no la hemos entendido «desde dentro», es decir, desde ese núcleo del que proceden sus manifestaciones hacia el exterior.

El realista es profundo también porque *fundamenta* sus conocimientos, conoce el porqué de las cosas, no se apoya en supuestos aleatorios ni admite afirmaciones gratuitas. Esta fundamentación le permite jerarquizar sus conocimientos y distinguir lo importante de lo secundario. El padre de familia responsable sabe que es insustituible en la educación de sus hijos, mientras que en su actividad profesional hay muchas cosas que puede delegar o incluso dejar de hacer, por atender a su familia.

La persona superficial, en cambio, no puede ser realista, porque su conocimiento se mantiene en la periferia de las cosas, sólo capta aspectos parciales de los objetos, sin descubrir las relaciones de unos con otros; al no fundamentar sus conocimientos carece de criterio para distinguir lo que vale de lo que no vale. En una palabra, no puede ser realista porque no tiene acceso a la verdadera realidad de las cosas.

5. Es un hecho que una buena proporción de los *juicios* que el hombre realiza se apoyan en informaciones y opiniones que recibe de los demás. Las posibilidades de constatar personalmente los datos que recibe son necesariamente restringidas, por la condición humana limitada. Esto plantea el problema de la valoración de esas informaciones para poder juzgarlas con objetividad o emitir juicios verdaderos a partir de ellas. La persona realista en estos casos procura «*oír todas las campanas*», las opiniones a favor y en contra, analiza cada una para sacar finalmente una conclusión serena. Así evita el error, por demás frecuente, de apoyarse exclusivamente en la versión de quien le proporciona de manera inmediata la información, y más aún si viene acompañada de una fuerte carga emotiva. Quienes se dedican profesionalmente a la orientación familiar tienen la experiencia de que, ante un problema matrimonial, las versiones de la esposa y del marido escuchadas separadamente parecen referirse a realidades completamente distintas.

6. También cuando se trata de tomar una *decisión* importante, el *realista solicita el consejo* de los demás y, para atender con objetividad a lo que le sugieren, pone entre paréntesis su propio punto de vista. Así evita que su opinión personal prevalezca y haga la función de un prejuicio que impide aprovechar las aportaciones de los demás.

Al recibir los consejos presta especial atención a quienes no piensan como él, porque es muy fácil engañarse atendiendo solamente a las opiniones que confirman lo que uno piensa o lo que uno quiere.

Esto es importante, por ejemplo, para las personas que ocupan puestos directivos, si quieren formar verdaderos equipos de trabajo y no convertirse en pequeños dictadores en el ámbito que les corresponde dirigir. De este modo, los juicios y las decisiones de la persona realista están fundados sobre la verdad objetiva, no sobre las apariencias, las impresiones o las ilusiones personales. Esto es lo que le permite estar en la realidad.

7. Sabe además el realista que se encuentra sometido a diversas influencias, algunas de las cuales pretenden apartarlo de la verdad. Unas veces se trata de los medios de comunicación, otras de la literatura que llega a sus manos, otras más del ambiente mismo en que se desenvuelve y le presiona a pensar de una determinada manera. Para discernir la verdad en ese maremágnum de influencias, desarrolla lo que podríamos llamar una capacidad de *crítica positiva*, que le permite desechar los errores y aprovechar los aciertos de lo que se le ofrece. Esta capacidad consiste en analizar con detenimiento los contenidos de esas influencias, su fundamentación, sus argumentos, para descubrir lo que está de acuerdo con la verdad, es decir, lo que coincide con la realidad, y rechazar lo que es falso. Basta muchas veces, por ejemplo, leer la misma noticia en varios periódicos para darse cuenta de las tendencias que hay detrás de los hechos relatados.

8. La crítica positiva no solamente no dificulta el *diálogo* con los demás, sino que lo facilita y lo enriquece. El realista dialoga porque quiere profundizar

en la verdad, porque está convencido de que dos cabezas piensan más que una. Dialogar significa cambiar impresiones con otra persona para hacerla partícipe de lo que uno sabe sobre alguna materia, y al mismo tiempo aprender del interlocutor lo que pueda aportar. En este proceso la crítica juega un papel importante, porque obliga a proceder con rigor, a fundamentar lo que se sostiene, y a rectificar aquello que se aparta de la verdad. Como se ve, se trata de una crítica constructiva, puesta al servicio de la verdad, que lleva a los dialogantes a estar y permanecer, de manera profunda, en la realidad.

ACTITUDES QUE FAVORECEN EL REALISMO

Una vez establecidas las condiciones del conocimiento para estar en la realidad, habrá que contestar a la segunda pregunta que nos hacíamos al introducir el presente capítulo: ¿qué actitudes hace falta fomentar para favorecer el realismo? La cuestión hace referencia al aspecto vital, existencial, de la verdad. Es decir, se trata de descubrir las disposiciones que facilitan la adecuación de la vida personal a la realidad. Si el conocimiento de la realidad es verdadero y la conducta coincide con esa verdad, la persona estará en la realidad y podrá mantenerse en ella: estará en la verdad de manera plena.

1. El punto de partida para alcanzar la meta propuesta, esto es, la coherencia propia de quien conoce con objetividad la realidad y vive de acuerdo con ese conocimiento, consiste en *amar la verdad*. El amor es

una fuerza que impulsa al hombre a la búsqueda de algún bien que, cuando lo encuentra, si se trata de algo auténtico, que vale la pena, se adhiere a él y en él desea permanecer. El mayor bien que el hombre puede proponerse es la verdad, en su doble dimensión, teórica y práctica: conocerla para vivirla. El amor a la verdad es un impulso que produce una transformación íntima en la persona y culmina en la identificación de la propia vida con la verdad. Sólo así es como el hombre puede, efectivamente, estar en la realidad.

Este amor a la verdad ha de ser *desinteresado* para que conduzca a su fin. El desinterés consiste en preguntarse qué son las cosas, cómo es la realidad, cuáles son las leyes que la rigen —en esa realidad el ser humano ocupa un lugar destacado—, para luego obrar en consecuencia; consiste en no pervertir la realidad con intereses pragmáticos, sino en respetarla y dejarla que se manifieste como es en sí misma. En cambio, cuando el hombre manipula la verdad para ajustarla a sus intereses personales, se engaña a sí mismo y no resuelve su vida, porque la verdad objetiva queda oculta y él se incapacita para ajustar su existencia a una verdad que desconoce.

Este amor desinteresado hacia la verdad tiene muchas otras implicaciones. Una de ellas, de especial importancia, se refiere a la relación con los demás. Si las personas tienen una naturaleza racional, de la que deriva su dignidad, el amor a esta verdad llevará a *respetarlas* y a darles un lugar claramente superior al que se da a las realidades puramente materiales. En cambio, cuando esta verdad se pierde de vista, es fácil «cosificar» a las personas, instrumenta-

lizarlas para fines utilitarios, e incurrir en situaciones marcadas por la injusticia.

2. Otra actitud que dispone al hombre para identificarse vitalmente con la verdad es la *apertura*. La persona abierta sabe que se encuentra en un permanente proceso de crecimiento interior, que siempre puede conocer mejor y más profundamente la realidad y, sobre todo, que se encuentra muy lejos de considerar su vida plenamente identificada con la verdad. Esto le lleva a buscar y a recibir todo lo que favorezca ese proceso de crecimiento interior. Aprovecha las aportaciones de los demás y la ayuda que le ofrecen para enriquecer su vida.

Esta actitud contrasta con las personas cerradas y dogmáticas, que adoptan una postura de autosuficiencia porque se consideran como propietarias de una verdad que presumen conocer de manera absoluta. No hay nada que pueda enriquecer ese conocimiento ni nadie que pueda aportarles algo que deba modificar su posición.

3. Quien fomenta en su vida la actitud de apertura, se hace *flexible*, que es una cualidad muy característica del realista. La realidad no responde a esquemas rígidos ni tiene una estructura unilateral. Su riqueza le da precisamente una enorme variedad de matices y tonalidades, que no permite que se le someta a esquemas preconcebidos, ordinariamente reductivos. Tales esquemas son productos de una mente que los elabora de forma autónoma y a priori, sin partir de lo real. La realidad poco tiene que ver con la rigidez. Por eso para adaptarse, con la mente

y con la vida misma, a la realidad, es preciso poseer una flexibilidad que corresponda al mundo de lo real.

Flexibilidad, por otra parte, no significa incertidumbre ni falta de firmeza. La realidad es sólida y flexible a la vez. Más aún, su solidez depende en buena medida de su flexibilidad. Las cosas rígidas tienen mayor propensión a resquebrajarse. La persona flexible posee la *solidez* de la realidad con la que se encuentra identificada, la solidez propia de quien está en la realidad.

4. La apertura se complementa con la *capacidad de admiración*, que es la actitud opuesta a la indiferencia. Quien se admira lo hace por el interés que tiene en aquello que le produce esa reacción, un interés que está vinculado al aprecio, a la valoración del objeto admirado. Y esto guarda una estrecha relación con el cometido de estar en la realidad: quien se admira descubre la verdad, profundiza en ella y experimenta un impulso para identificarse existencialmente con esa verdad que ha descubierto.

Especial importancia tiene esta actitud cuando se refiere hacia las personas que nos rodean, porque genera en nosotros la inclinación a descubrir toda la riqueza que hay dentro de ellas, sus cualidades y valores. Esto facilita notablemente *la relación con los demás* porque adquiere un fundamento positivo. Todo lo contrario a lo que ocurre cuando sólo o primordialmente se detectan defectos en los demás, porque esta visión negativa siempre es fuente de dificultades y distanciamientos. El enfoque positivo en la relación con el prójimo favorece la *comprensión*,

que es visión objetiva de la riqueza que hay en una persona. Con este enfoque también se ven los defectos y limitaciones, pero no producen rechazo sino afán de ayudar al otro a superarlos.

Esta capacidad de admiración también favorece la relación del hombre con Dios. Al admirar la belleza de una puesta de sol, la inmensidad del mar o la armonía de la naturaleza, el hombre ve aquello como reflejo de la perfección de su creador, y como manifestación del amor divino hacia el ser humano. La consecuencia final consistirá en el deseo de corresponder con obras a ese amor, es decir, en querer ajustar la propia vida a la voluntad de Dios.

5. La *humildad intelectual* es otra actitud esencial. Consiste en reconocer que la verdad está en la realidad, para obrar en consecuencia. Esto implica respeto y sometimiento a la verdad, dejar que la realidad me comunique su verdad y aceptarla por mi parte tal como se me manifiesta; renunciar a la tendencia de querer ajustar la verdad a mi gusto, de convertirme yo en el autor de la verdad o de imponerle mis condiciones subjetivas. Quien carece de humildad intelectual se sale de la realidad porque se fabrica una verdad que no existe sino en su cabeza.

La humildad a la que nos estamos refiriendo conduce, además, a que la vida personal se configure conforme a la verdad, aunque suponga renunciadas y sacrificios. Quien no es humilde no acepta las cosas como son y, en cuanto aparece algo que no le gusta, busca una justificación o inventa algún recurso para evadirlo. Por ejemplo, hay leyes derivadas de la naturaleza humana que muchas veces no se aceptan porque

se prefieren soluciones más cómodas, como las leyes sobre la justicia social o sobre el matrimonio y la procreación. Quien así procede no está en la realidad y no va por caminos que le conduzcan hacia el verdadero fin de su existencia.

Una consecuencia importante de la humildad intelectual es la capacidad de *rectificación*, cuando uno se da cuenta de que se ha equivocado, o cuando otros se lo hacen notar. En cambio, la soberbia impide rectificar, hace que la persona se empecine en aquello que ha visto, que ha dicho, que ha hecho, aunque muchos pretendan hacerle ver su error. La soberbia intelectual produce ceguera —frecuentemente más intensa en los más inteligentes—, mientras que la humildad proporciona claridad porque permite que la verdad, que está en las cosas, se manifieste sin restricciones para iluminar la inteligencia, y para proceder a la rectificación siempre que haga falta.

6. La *sinceridad* juega también un papel decisivo en el proceso de aproximarse a la realidad y permanecer en ella. Es una actitud muy unida a la humildad. Quien es sincero no se engaña, reconoce las cosas como son y las acepta. Luego expresa la verdad que ha descubierto, con palabras y con obras, de manera fiel, sin alterarla. La persona sincera distingue entre la realidad de las cosas y sus apariencias, entre el conocimiento verdadero y las impresiones que la realidad produce en su sensibilidad, entre lo que realmente ocurre y lo que le gustaría que ocurriera.

La sinceridad conduce necesariamente a la coherencia y a la autenticidad, a la unidad de vida: no bas-

ta con conocer teórica o intelectualmente la verdad, sino que es preciso vivirla. Quien no vive como piensa, no es sincero y no puede estar en la realidad. Cuando se trata de actuar, la sinceridad también juega un papel fundamental. Por ejemplo, en las tareas que exigen organización, si hay sinceridad se parte de la realidad, se visualizan los problemas con objetividad, se valoran los medios con que se puede contar, y posteriormente se formaliza el plan de acción. En cambio, cuando falta sinceridad, es muy fácil engañarse y elaborar soluciones idealizadas, esquemas organizativos irreales, sin contar con las circunstancias objetivas. La sinceridad, también en el orden práctico, nos mantiene en la realidad.

7. A veces el problema para estar en la realidad procede del temor a afrontar las situaciones que a uno le corresponden. Se buscan alternativas que no son sino evasiones, escapes ante una realidad costosa. La solución está en la *valentía*, que lleva a afrontar la realidad como es y a tratar de superar los obstáculos para identificarse con la verdad objetiva.

En ocasiones la valentía se concretará en *aceptar las propias limitaciones*, los propios errores o defectos, para estar en la realidad que a uno personalmente le corresponde. Cuando esto no se da, la persona se propone metas que están fuera de su alcance y se frustra cada vez que constata su incapacidad para conseguirlas. La persona valiente reconoce sus límites, aunque le cueste, y no los pierde de vista a la hora de proyectar su vida, a la hora de plantearse su superación en todos los órdenes. Por eso es realista.

8. Aunque en diversos momentos se ha hecho referencia a lo que significa ajustar la vida a la realidad, resulta oportuno subrayar la importancia de la actitud que conduce precisamente a esta meta: el *afán permanente de vivir de acuerdo a la verdad*. Se trata de una disposición práctica que convierte con rapidez, en obras, la verdad que se descubre intelectualmente. Es una actitud de exigencia personal que acaba por traducirse en un hábito que no permite permanecer pasivo ante los requerimientos vitales de la verdad descubierta, sino que impulsa a la conversión, a esa metamorfosis que hace pasar del estado en que la persona se encuentra a uno nuevo que le plantea la verdad. Un hábito que produce inquietud mientras no se logra esa conversión, y que sólo desaparece cuando la verdad se ha hecho vida.

CONDICIONES PARA CONOCER LA REALIDAD:

1. Reconocer que las cosas poseen su propia verdad.
2. Capacidad para conocer la verdad con objetividad.
3. Admitir que la realidad es compleja y la inteligencia limitada.
4. Profundidad.
5. «Oír todas las campanas» antes de juzgar.
6. Pedir consejo antes de decidir.
7. Crítica positiva.
8. Diálogo con los demás.

ACTITUDES QUE FAVORECEN EL REALISMO:

1. Amar la verdad.
2. Apertura.
3. Flexibilidad.

4. Capacidad de admiración.
5. Humildad intelectual.
6. Sinceridad.
7. Valentía.
8. Afán permanente por vivir de acuerdo a la verdad.

DOS CONSECUENCIAS DEL REALISMO

Si la nota más característica del hombre realista consiste en estar en la realidad, podemos ahora destacar dos *consecuencias* que derivan de esa situación.

Quien está en la realidad, porque ha sabido ajustar su vida a la verdad, experimenta una *paz interior* permanente, que es fruto de la armonía que hay en su ser: vive como piensa y su pensamiento es verdadero. Esa paz es serenidad de ánimo, tranquilidad profunda, que no depende de unas circunstancias externas favorables, sino que procede de dentro, y se mantiene aun en las situaciones difíciles que acompañan la vida de toda persona, gracias al sólido fundamento en que se apoya: la identificación integral con la verdad.

La otra consecuencia que deriva del estar en la realidad, es la *seguridad personal*, propia de quien tiene los pies en la tierra y se encuentra ubicado, porque sabe lo que quiere y su vida está llena de sentido: tiene como fin vivir de acuerdo a la verdad, a la verdad sobre el hombre.

Hoy en día la falta de paz interior y la inseguridad personales son características muy extendidas en la sociedad, lo cual no es de extrañar si atendemos a las variadísimas formas que el hombre ha ideado

para huir de la realidad, para no enfrentarse consigo mismo y ser consecuente. La solución para rectificar el rumbo está en el realismo, que sólo es posible alcanzar si estoy dispuesto a asumir las condiciones y las actitudes que han sido expuestas en estas páginas.

SÍNTESIS COMPARATIVA: REALISMO ANTE RELATIVISMO Y DOGMATISMO

Para facilitar una visión de conjunto sobre las tres posturas ante la verdad que hemos analizado, presentaremos una síntesis comparativa, en la que se destacarán, en el contraste con el relativismo y con el dogmatismo, los rasgos principales del realismo, que ayudarán a su vez a profundizar y a complementar lo dicho anteriormente sobre esta postura. Seguiremos, para ello, el orden de exposición de los capítulos sobre el relativismo y el dogmatismo, sucesivamente.

Relativismo y Realismo

Fundamentación de la verdad:

- *Relativismo*: el fundamento de la verdad está en el sujeto (subjetivismo), de manera que algo es verdadero «porque me lo parece».

- *Realismo*: el fundamento de la verdad está en la realidad —la verdad está en las cosas «antes» que en el sujeto que las conoce—, de manera que el sujeto estará en la verdad si su conocimiento se adecúa a la realidad.

Características de la verdad:

- *Relativismo*: la verdad es mutable y particular; por tanto, toda verdad es relativa.
- *Realismo*: la verdad es permanente, universal y objetiva.

Influencia de la verdad en la vida:

- *Relativismo*: la verdad queda debilitada porque carece de fuerza para generar compromisos profundos y ofrecer metas e ideales que den sentido a la vida. Este camino conduce al hombre a su autodestrucción.
- *Realismo*: reconoce la fuerza de la verdad para fundamentar la existencia, pues se trata de una verdad que compromete y permite estar en la realidad de manera profunda; al mismo tiempo, abre unos horizontes que mueven hacia una superación progresiva, que llena la vida de sentido. Este camino conduce a la plenitud, es decir, a la felicidad.

Actitud crítica:

- *Relativismo*: promueve una actitud crítica negativa, de rechazo sistemático a la verdad universal y objetiva, que produce un vacío interior progresivo, y que también puede acabar en la autodestrucción.
- *Realismo*: adopta una actitud crítica positiva, para desechar lo que se aparta de la verdad y aprovechar lo que coincide con ella.

Relación con los demás:

- *Relativismo*: favorece el egoísmo —cada quien su verdad y cada quien su vida—.

- *Realismo*: el amor es una fuerza que impulsa a buscar la verdad y, una vez encontrada, esa fuerza se convierte en fuente de comunicación, en deseo de participar la verdad a los otros.

Influencia en los demás:

- *Relativismo*: el relativista transmite a los demás, por contagio, las consecuencias que padece en su persona (superficialidad, mediocridad, ausencia de ideales, falta de sentido de la vida, etc.).

- *Realismo*: el realista, en la medida en que conoce y vive la verdad, enriquece a los demás y les presta el mejor servicio, al hacerles partícipes de una verdad que es considerada patrimonio de todos, precisamente por su universalidad.

Diálogo:

- *Relativismo*: dificulta el verdadero diálogo porque, detrás de una actitud aparentemente abierta, se esconde una forma de dogmatismo muchas veces radical: rechazo total a cualquier formulación que sugiera objetividad o universalidad de la verdad.

- *Realismo*: favorece y promueve el diálogo con los demás, por el afán de profundizar en la verdad, en un clima de apertura y sinceridad.

Dogmatismo y Realismo

Conocimiento de la verdad:

- *El dogmático*: a) sobrevalora la capacidad de la inteligencia; b) reduce y simplifica el contenido de

la realidad; c) supone el predominio de la razón sobre la realidad (racionalismo).

- *El realista*: a) admite y cuenta con la limitación de la inteligencia; b) reconoce la riqueza y complejidad de la realidad; c) acepta la prioridad de la realidad sobre el conocimiento.

Inteligencia (consecuencias personales):

- *El dogmático*, por sobrevalorar la inteligencia: a) se hace autosuficiente y prescinde de los demás; b) es inflexible y rígido; c) hace afirmaciones tajantes; opina de todo.

- *El realista*: a) asume la humildad intelectual como actitud fundamental, rectifica cuando se da cuenta de que se ha equivocado, y se apoya en los demás, por ejemplo, pidiendo consejo antes de decidir; b) es flexible, con una flexibilidad que da firmeza a su vida, porque le permite identificarse con la realidad; c) sabe matizar, según los diversos niveles de verdad de que se trate, desde lo relativo y opinable hasta lo absoluto y definitivo; d) calla cuando desconoce la materia o cuando emitir su punto de vista resulta inoportuno.

Inteligencia (consecuencias para las relaciones con los demás):

- *El dogmático*, por sobrevalorar la inteligencia: a) impone sus ideas; b) no da cabida al diálogo; c) no es apto para el trabajo en equipo; d) es rechazado por los demás.

- *El realista*: a) como está convencido de que la verdad atrae por sí misma, le basta con presentarla a

los demás, y suele ofrecer argumentos racionales cuando propone alguna idea a los otros; b) tiene necesidad de dialogar para profundizar en el conocimiento de la verdad; c) su capacidad de admiración le lleva a descubrir la riqueza que hay en los demás, a valorar sus cualidades, lo cual favorece notablemente el trabajo en equipo; d) sus actitudes de humildad intelectual, flexibilidad, capacidad de admiración y sencillez generan en él una personalidad atractiva y acogedora.

Realidad (consecuencias personales):

- *El dogmático*, por reducir o simplificar la realidad: a) hace juicios parciales, incompletos; b) simplifica excesivamente los problemas, es idealista; c) no fundamenta sus ideas; d) incurre en el fanatismo.

- *El realista*: a) toma en cuenta los diversos elementos de cada asunto y, cuando es el caso, procura *oír todas las campanas*, antes de juzgar; b) la actitud de valentía le lleva a afrontar los problemas como son, sin evadirse de la realidad, por temor, comodidad o superficialidad; c) busca el porqué de las cosas, los fundamentos, lo cual le permite, entre otras cosas, jerarquizar sus conocimientos; d) suele comprender con profundidad las ideas que le mueven, con lo que se aleja de la actitud irracional propia del fanático.

Realidad (consecuencias para las relaciones con los demás):

- *El dogmático*, por reducir o simplificar la realidad: a) no ofrece soluciones eficaces; b) hace clasifi-

caciones simplistas de las personas; c) carece de condiciones para dirigir; d) pierde autoridad moral.

- *El realista*: a) como tiene los pies en la tierra —está en la realidad—, suele encontrar soluciones proporcionadas a los problemas; b) es consciente de lo difícil que resulta conocer profundamente a las personas, lo cual le lleva a no precipitarse al calificarlas, y está siempre dispuesto a rectificar su punto de vista en cuanto descubre algún aspecto que no había considerado; c) suele reunir condiciones para las tareas de dirección, por su capacidad de jerarquizar, de distinguir lo importante de lo secundario y de fijar unos objetivos proporcionados a las capacidades de las personas; d) su profundidad al relacionarse con la realidad le hace merecedor de la confianza de los demás.

Pensamiento (consecuencias personales):

- *El dogmático*, por su actitud racionalista: a) se hace «cerrado»; b) pierde capacidad de admiración; c) justifica su falta de eficacia; d) evade la realidad mediante esquemas.

- *El realista*: a) es abierto, sabe que siempre puede conocer mejor la realidad e identificarse más plenamente con la verdad, de aquí que suela aprovechar todo aquello que le enriquece como persona humana; b) su capacidad de admiración crece progresivamente, porque el conocimiento de la realidad incrementa el amor a la verdad, y ese amor potencia la capacidad de admirarse; c) la sinceridad le lleva a reconocer sus errores y a rectificar; d) se mantiene en contacto con la realidad y, en la acción práctica,

pone continuamente a prueba sus esquemas, confrontándolos con los hechos.

Pensamiento (consecuencias para las relaciones con los demás):

- *El dogmático*, por su actitud racionalista: a) es independiente y autónomo; b) discrimina a quien no piensa como él; c) atropella a los demás en el trabajo; d) se convierte en legalista.

- *El realista*: a) como está en la realidad, acepta las relaciones de dependencia respecto de los demás; b) presta especial atención a quienes no piensan como él; c) respeta a las personas y valora sus aportaciones, aunque no coincidan con sus propios puntos de vista; d) no se rige por «recetas» sino por criterios, de manera que no se queda en la letra de la ley para aplicarla irracionalmente, sino que procura comprender su contenido para vivirla, tomando también en cuenta las circunstancias: no es rigorista. Además, su afán permanente por vivir de acuerdo a la verdad, le lleva a poner atención en los efectos prácticos de sus acciones, para no reducirse a la sola observancia de reglamentaciones formales en su conducta.

V. LA AUTENTICIDAD COMO FORMA DE ESTAR EN LA REALIDAD

LA NOCIÓN DE AUTENTICIDAD

El término autenticidad hace referencia al carácter original y genuino de una cosa. Así, por ejemplo, se dice que una pintura de Velázquez es auténtica, cuando *realmente* tiene al pintor español como autor; en cambio, si la pintura es una copia del cuadro original, entonces ya no es auténtica, porque su elaboración no corresponde al artista que la concibió originalmente. En este caso, la pintura se puede parecer todo lo que se quiera al original, pero *no es* el original, es decir, no es auténtica. Del mismo modo, un metal puede tener la apariencia de oro, pero si *en realidad* —es decir, en sí mismo— no es oro, resulta inauténtico con relación a ese metal, porque parece *lo que no es*, o porque *no es* lo que parece.

En estos ejemplos se ve claramente que lo auténtico es lo que coincide consigo mismo —tiene *en sí mismo* su principio, es *sí mismo*— y, en consecuencia, se manifiesta como es —refleja en sus apariencias lo que es en realidad—. En otras palabras, lo auténti-

co es lo que no se parece o no se aproxima al original, sino que es el original, lo que coincide consigo mismo, porque es lo que es; y, consecuentemente, lo que no parece algo distinto de lo que es, ni es algo distinto de lo que parece, sino que es lo que parece y parece lo que es.

La autenticidad en el hombre

¿Cómo se aplican estas nociones al caso de la persona humana? ¿Cuándo puede decirse que un hombre es auténtico? Ciertamente aquí el problema es más complejo que en las realidades puramente materiales, porque la existencia humana es dinámica, cambiante; porque el hombre no es algo acabado, sino que está siempre en camino hacia una meta; porque es libre y del uso que haga de su libertad depende su ser y, en consecuencia, su autenticidad.

Descriptivamente, y acudiendo a lo que el sentido común nos dicta, podemos decir que auténtico es aquél en quien no hay falsedad, ni artificio, ni afectación; que se desenvuelve con la sencillez y la naturalidad de quien se encuentra a gusto consigo mismo; que es siempre el mismo, aunque las circunstancias varíen; que conoce y acepta sus obligaciones y responsabilidades; que se halla adaptado a su propia situación, porque está identificado con ella; que no añora vanamente unas circunstancias que no le corresponden o le resultan inalcanzables; que no vive preocupado por mantener una imagen ante los demás, por aparentar algo distinto de lo que es. En *Hamlet*, hay un momento en que la reina dice a su hijo: «Hamlet, pa-

rece que estás triste», y Hamlet responde: «¿Parece? Yo no sé parecer». El hombre auténtico no sabe parecer. En definitiva, es un hombre equilibrado, en el que hay armonía y coherencia entre lo que piensa, lo que dice y lo que hace.

Todos estos rasgos característicos de la persona auténtica se derivan de lo que viene a ser *el fundamento* de la autenticidad, es decir, ese ser *sí mismo*, al que nos hemos referido antes. Si aplicamos las ideas expresadas inicialmente, sobre la noción de autenticidad en general, al ser humano, tendremos que afirmar que un hombre será auténtico si es lo que es, si se encuentra identificado con su ser y con todo lo que le corresponde en cuanto hombre; y, derivadamente, si se manifiesta como es, si no hay contradicción entre su ser y sus apariencias. Esto nos obliga a profundizar en el fundamento de la autenticidad: *la identificación consigo mismo*.

LA IDENTIFICACIÓN DEL HOMBRE CONSIGO MISMO

Uno de los primeros principios de la filosofía afirma que todo lo que es, es idéntico a sí mismo. Se trata de un principio con validez universal, es decir, aplicable a todas las realidades, incluida la humana. Desde este ángulo, esto es, desde la perspectiva del principio de identidad, parecería contradictorio plantearse el tema de la identificación del hombre consigo mismo, puesto que, como todo lo real, se encuentra necesariamente identificado con lo que es. Esto es cierto desde el punto de vista ontológico, y a este orden se refiere el principio de identidad.

En cambio, en el plano existencial y psicológico, las cosas son de otra manera. Aquí el hombre no necesariamente se halla identificado con lo que es. A este nivel nos referimos cuando decimos que una persona no es ella misma, o cuando recomendamos a alguien que sea él mismo, porque se considera que existe, en la misma persona, algún tipo de dualidad o alteridad; como si se tratara de dos realidades diferentes: alguien que es de un modo y alguien que es de otro modo, pero ambos conviviendo en el mismo sujeto. Si yo digo a alguien «sé tú mismo», le estoy diciendo que sea «lo que realmente es». De forma redundante, equivale a decirle «tú, procura ser lo que tú mismo realmente eres», donde el primer «tú» es a quien me estoy dirigiendo, para recomendarle que sea como el segundo «tú». Resulta evidente que el primer «tú» *no es* el segundo, y que el segundo «tú» es considerado superior al primero, en cuanto que lo pongo como modelo o meta a alcanzar para el primero. Pero también es claro que no se trata de un modelo o meta ideal, sino de algo tan real, que el «tú mismo» es equivalente a «lo que *realmente* eres».

De lo anterior podemos concluir que en cada persona conviven, por decirlo de alguna manera, dos realidades: por una parte, el primer yo —nuestro interlocutor en el ejemplo anterior—, al que podríamos llamar *yo subjetivo*, y que coincidiría con la conciencia que uno tiene de sí mismo —técnicamente suele denominarse yo psicológico—; por otra parte, el segundo yo —el modelo o meta para el primero— que podríamos llamar *yo objetivo*, por su carácter de realidad, independiente de la conciencia que uno pueda tener de sí mismo, como aclararemos a continuación.

La convivencia del yo subjetivo con el yo objetivo en la misma persona produce la dualidad referida. Mientras más lejano se encuentre el primero del segundo, mayor será la división interna que la persona padezca. Es lo que suele entenderse con la expresión «doble vida», tomada en su sentido profundo, por contraposición a la «unidad de vida», propia de quien consigue identificar el yo subjetivo con el yo objetivo. Quien no logra superar la distancia entre uno y otro yo, necesariamente sufre un desequilibrio existencial. Y, si ese alejamiento se incrementa, las consecuencias tendrán efectos patológicos, como los estados de angustia, las neurosis o las depresiones.

Cuando hablamos de identificarnos con nosotros mismos, nos estamos refiriendo a la identificación del yo subjetivo con el yo objetivo, es decir, al proceso mediante el cual el primer yo elimina las diferencias que le separan del segundo, para identificarse con él. Cuando decimos a alguien «sé tú mismo», le estamos sugiriendo que ponga los medios para que su yo subjetivo no sea otro que su yo objetivo. ¿Qué es este yo objetivo que, por lo dicho hasta ahora, se antoja como el yo verdadero, del que surgirá la clave para alcanzar la autenticidad?

El yo objetivo

En términos generales, el yo objetivo es toda mi realidad personal, *todo lo que soy* en la actualidad, lo que me constituye como persona humana —mi espíritu y mi cuerpo—, mis características propias, mis

cualidades y defectos, mis capacidades y limitaciones, mi situación en el mundo, mis circunstancias.

También forma parte de lo que soy en el presente, todo aquello que de una u otra manera influye actualmente en mí —tanto mi pasado como mi proyecto de vida—, lo mismo que aquello que es inseparable de mi ser, porque se deriva necesariamente de él, como es el caso del *deber-ser*. Veamos separadamente cada una de estas nociones.

Primero, al yo objetivo pertenece *mi pasado*, en cuanto pesa sobre mi ser presente: lo que he hecho y lo que he dejado de hacer, mis logros y mis fracasos, las buenas y las malas acciones que he realizado, mis aciertos y mis errores. Por ejemplo, haber cursado la carrera de Arquitectura o de Economía, deja una huella en la inteligencia que inclina a ver la realidad de una determinada manera —en función de los valores estéticos en un caso, o bajo esquemas numéricos en el otro—.

Segundo, también forma parte del yo objetivo lo que quiero ser en el futuro, *mi proyecto de vida*, en cuanto influye en mi presente, por las consecuencias que tiene sobre mi ser actual. El proyecto de vida se puede referir a las metas que quiero alcanzar, a los valores que deseo realizar, al fin último al que he decidido orientar mi vida. Todo esto tendrá unos determinados efectos sobre mi presente. Quien, por ejemplo, decide ser santo, como meta última de su existencia, notará el peso de esa decisión en el desempeño de su actividad profesional ordinaria, la cual será realizada de forma distinta —en cuanto a la intención y en cuanto a la perfección—, que si fuera concebida sim-

plemente como un medio de supervivencia o como un camino para obtener riquezas materiales.

Tercero, como el *deber-ser* se deriva necesariamente del ser, del ser del hombre proceden unas obligaciones objetivas, es decir, independientes de que el sujeto sea consciente de ellas o no, de que las quiera o las acepte. Se derivan de *la naturaleza humana*, que es común a todo hombre, y forman parte del yo objetivo. Piénsese, por ejemplo, en la obligación de respetar la libertad del prójimo, en el deber de ayudar positivamente a quienes más lo necesitan. A estas obligaciones o deberes corresponden unos derechos, que también pertenecen al ámbito del yo objetivo.

Cuarto, el *deber-ser*, lo que yo debo ser en el futuro, no está solamente determinado por la naturaleza humana, común a todo hombre, sino también por mis circunstancias concretas, por *mi situación personal*, que es única e irrepetible. Este deber-ser individual pertenece también al ámbito del yo objetivo. La persona que ha contraído matrimonio y ha traído hijos al mundo, no puede desentenderse de la obligación de educarlos.

Cabe señalar que todo lo que el hombre concreto *debe ser* en el futuro —en función de su naturaleza humana y de su situación personal en el mundo— equivale a lo que ese hombre está llamado a ser: es lo que suele designarse con el término *vocación*. La realización de esa vocación, es decir, la correspondencia a esa llamada, será el cauce para alcanzar la plenitud a la que todo ser humano aspira. Desde el punto de vista sobrenatural, el contenido de esa vocación no es otra cosa que el plan que Dios tiene

previsto para cada persona en particular, y cuya realización dependerá de la respuesta que libremente quiera darle.

También conviene advertir que *mi proyecto de vida*, lo que quiero ser en el futuro —segundo punto anterior— habrá de estar en consonancia con mi *deber-ser*, ya que si se contrapone, se cierra el cauce para la autenticidad.

Con los puntos anteriores queda delineado el contenido del yo objetivo y, ciertamente, su complejidad. Con esto se comprende mejor que la meta correspondiente al yo subjetivo, de identificarse con ese yo objetivo complejo, no resulte fácil. Las posibilidades de que el yo subjetivo no consiga identificarse con el yo objetivo son múltiples, como múltiples son las formas en que la conciencia —de lo que soy y de lo que debo ser— puede estar alterada: por conocimiento parcial, por interpretaciones subjetivas, por desviaciones de la voluntad o por evasión de responsabilidades. Sin embargo, las dificultades no son sinónimo de imposibilidad y la identificación del yo subjetivo con el yo objetivo es una meta que vale la pena proponerse, pues el valor de la autenticidad resulta incuestionable.

El proceso de la identificación

Veamos ahora, con mayor detalle, en qué consiste ese proceso de identificarse consigo mismo, fundamento y condición para alcanzar la autenticidad. Habrá que tener en cuenta que, si en términos generales, identificarme con algo consiste en *estar en la reali-*

dad de aquello con lo que me identifico, la identificación conmigo mismo será más intensa en la medida en que el yo subjetivo *esté* más en la realidad del yo objetivo.

Comencemos por analizar las dos *operaciones* humanas que intervienen en el proceso de la identificación, y que son: *conocerse* y *aceptarse*. Posteriormente, consideremos las dos *actitudes* que se requieren para que estas operaciones alcancen su cometido, y que consisten en: *afrentar la realidad* y *ser profundamente sincero*. Dos operaciones y dos actitudes constituyen, de este modo, el contenido del proceso que el hombre ha de seguir, si quiere identificarse consigo mismo y ser auténtico.

Conocerse

La tarea de *conocerse* corresponde, primordialmente, a la inteligencia. El término de este conocimiento es la verdad, es decir, la verdad sobre uno mismo, sobre el yo objetivo: saber quién soy y saber qué debo ser.

Ahora bien, la verdad del conocimiento consiste en que la inteligencia se adecúe a la realidad conocida. En la medida en que el conocimiento es verdadero, *estamos*, con nuestra inteligencia, en el objeto conocido, es decir, en aquella realidad verdadera —valga la redundancia— que da origen a la verdad de nuestro conocimiento. Este modo de *estar en la realidad* es ya una forma de identificarnos con ella. Cuando lo conocido es mi propia realidad personal, mi yo objetivo, alcanzo un grado de identificación conmigo mismo, *pro-*

porcional a la objetividad y profundidad de dicho conocimiento. El yo subjetivo se hace presente, mediante el conocimiento, ante el yo objetivo: está en la realidad de sí mismo, de lo que realmente es.

Sin embargo, ¿qué tan profundo y objetivo es el conocimiento que el yo subjetivo puede alcanzar del yo objetivo? Mediante este conocimiento, ¿qué tan intensamente se puede *estar en la realidad* de lo conocido? En definitiva, ¿qué grado de *identificación* es posible alcanzar entre el yo subjetivo y el yo objetivo, a través de la operación del conocerse? Todas estas preguntas apuntan a precisar el alcance y las limitaciones que el acto cognoscitivo encierra, como medio para la identificación consigo mismo.

En primer lugar, hay que señalar que en todo proceso de conocimiento intelectual el sujeto cognoscente recibe la verdad de lo conocido según la capacidad que posee y, por tanto, *reduce* el contenido de lo conocido a esa capacidad. En otras palabras, como la inteligencia humana es limitada, no logra nunca agotar la verdad de lo conocido, y menos aún cuando su objeto es una realidad tan compleja como el yo objetivo. Aquí aparece, por tanto, la primera limitación para la identificación: que no puede ser total, porque el conocimiento que el yo subjetivo puede adquirir del yo objetivo, resulta *incompleto*, aunque lo que de él conozca lo conozca con objetividad.

En segundo lugar, cuando la realidad que se pretende conocer es el propio yo objetivo, es muy probable que se introduzcan en el proceso del conocimiento factores subjetivos que lo desvirtúen. Por ejemplo, es fácil verse a uno mismo como uno quisiera ser y no como realmente es; o no reconocer

ciertos aspectos de la propia personalidad que resultan negativos; o infravalorarse a sí mismo, después de haber fracasado en algún asunto; etc. De aquí se sigue que, si esta segunda limitación para el conocimiento propio —*el subjetivismo*— no se supera, constituye un obstáculo importante para la identificación consigo mismo, por falta de objetividad en el conocimiento propio.

En tercer lugar, hay que reconocer que ese estar en la realidad que se consigue mediante el conocimiento es *relativo*. En estricto sentido, el sujeto, al conocer, no logra estar del todo en la realidad, en cuanto que es más bien la cosa conocida la que pasa a estar presente en el sujeto que la conoce. Conocer es poseer lo conocido, hacerlo propio, traerlo hasta uno mismo, por lo que sólo relativamente puede afirmarse que el cognoscente *está* en la realidad de lo conocido, que el yo subjetivo se identifica con el yo objetivo, mediante el conocimiento.

Las limitaciones anteriores —conocimiento incompleto del yo objetivo; subjetivismo en el conocimiento propio; y relativo modo de estar en la realidad de lo que se es, mediante el auto-conocimiento— nos llevan a concluir que esta operación, la del conocerse, resulta insuficiente para la identificación. Pero esto no quiere decir que tal operación carezca de importancia. Más aún, resulta indispensable para la identificación que buscamos, ya que sin ella la aceptación de sí mismo —segunda operación, que analizaremos a continuación— se hace imposible: yo no me puedo aceptar si no me conozco.

Se comprende ahora la necesidad de poner los medios para superar, o al menos reducir, las limitaciones

señaladas para el conocerse, de manera que el conocimiento de sí mismo pueda ser lo más profundo, objetivo y completo posible; y, en esta misma medida, conseguir que el yo subjetivo pueda estar en la realidad del yo objetivo e identificarse con él. ¿Cuáles son esos medios para ahondar en el propio conocimiento? Lo veremos más adelante.

Aceptarse

La otra operación que se requiere, para identificarse consigo mismo, consiste en *aceptarse*. Esta tarea corresponde a la voluntad, porque la aceptación forma parte del acto propio de esta facultad, que es el querer. Aceptarse significa admitir todo lo que uno es, sin rechazar ningún aspecto constitutivo de la propia existencia; dar nuestra conformidad a la visión objetiva de nosotros mismos, que la inteligencia nos proporciona; en una palabra, querer lo que somos y lo que debemos ser: nuestro yo objetivo.

Ahora bien, mediante esta operación de aceptarse, ¿qué tanto se consigue la identificación consigo mismo? ¿Se logra, efectivamente, estar en la realidad de lo que uno es?

La voluntad, al querer, sigue una dirección inversa a la de la inteligencia cuando conoce. En el querer volitivo, el sujeto va hacia la cosa querida y termina en ella. La unión que se produce es más perfecta, porque el sujeto se hace al modo de la cosa, sin imponerle sus condiciones. Se abre a la realidad para conformarse con ella, para estar y quedar en esa realidad querida, tal como ella es, sin reducirla a sus pro-

pias limitaciones. Por estos motivos, la identificación entre el sujeto que quiere y el objeto querido es más plena e intensa, que aquella que se consigue mediante el conocimiento.

Cuando la realidad querida es el propio yo objetivo, entonces el acto de quererse a uno mismo consiste en aceptarse como se es, con todos los defectos y cualidades que se posean, con el peso del propio pasado, con las consecuencias del proyecto de vida que se haya asumido, y con el deber-ser o conjunto de compromisos y obligaciones que se derivan de la naturaleza humana y de la propia situación en el mundo.

Cabe destacar este último aspecto, es decir, que la aceptación de sí mismo incluye la identificación con el propio futuro, con lo que se *debe ser* en adelante. Por eso, de ninguna manera se tratará de un aceptarse pasivo, conformista o resignado, sino eminentemente positivo, en cuanto que exige la continua superación de uno mismo, la obligación de realizar, libremente, la propia vocación, que siempre es una llamada hacia la plenitud.

Se entiende mejor ahora la importancia de esta operación de aceptarse, mediante la cual no sólo se logra una identificación consigo mismo más radical que con el acto de conocerse, sino que, además, el carácter dinámico de la existencia —su inclinación a una superación continua, orientada hacia un fin último— queda definitivamente potenciado.

En conclusión, podemos afirmar que estar en la realidad significa conocerla y quererla. Identificarse uno consigo mismo quiere decir conocerse y aceptarse tal como se es, objetivamente, profundamente; conseguir que el yo subjetivo se identifique con el yo

objetivo, mediante esas dos operaciones. Ciertamente, con la voluntad se está más plenamente en la realidad que con la inteligencia, aunque el conocimiento resulta indispensable para la operación volitiva: sólo conociéndome a mí mismo, como soy y como debo ser, podré aceptarme; y aceptándome como soy y como debo ser, podré alcanzar la identificación conmigo mismo, fundamento de la autenticidad.

Por otra parte, como el conocimiento propio no produce automáticamente la aceptación de sí mismo, pues las posibilidades de resistir a esa aceptación son múltiples, se hace necesario un esfuerzo concreto y específico que supere esas resistencias. Tal esfuerzo se identifica fundamentalmente con las dos *actitudes* que anunciamos anteriormente, como requeridas para las dos operaciones del proceso de identificarse consigo mismo, y que analizaremos a continuación: *afrontar la realidad y ser profundamente sincero*.

Afrontar la realidad

La identificación con la realidad, con esa realidad que me constituye y me corresponde, es, según hemos dicho, el fundamento de la autenticidad. Pues bien, su realización exige una primera actitud fundamental: *afrontar la realidad*, es decir, enfrentarse con ella, aceptando las consecuencias que este enfrentamiento lleva consigo. ¿Cuáles son esas consecuencias?

Ante todo, el enfrentamiento con la realidad exige una respuesta personal, y esta respuesta se traduce en términos de compromiso. Afrontar la realidad es asumir la propia responsabilidad, aceptar los com-

promisos que la vida nos impone. Tales compromisos, presentes y futuros, forman parte de esa realidad que se asume, con la que la persona, si quiere ser auténtica, se ha de identificar.

Por eso, esta primera actitud supone un acto de *valentía*, para hacerse cargo de la realidad, y situarse comprometidamente en ella. En esto consiste, en sentido radical y en última instancia, *estar en la realidad*. No es un estar simplemente, sino un estar profundo y comprometido. Y el cumplimiento de este requisito resulta indispensable para que el hombre sea auténtico.

Por el contrario, la actitud de evasión o huida de la realidad corresponde a una existencia inauténtica. Es una actitud que refleja cobardía y hace que la persona no afronte su realidad, no se identifique con ella. Parece ser éste uno de los signos de nuestro tiempo, y las consecuencias existenciales que de esta situación se derivan están a la vista: el recurso al alcohol, a la droga y al sexo, para escapar de una realidad que no se quiere afrontar; el rompimiento psíquico de tantas personas, manifestado en múltiples enfermedades mentales; la doble vida que tanta gente padece en la práctica —incoherencia entre lo que piensa y lo que hace—, por no decidirse a ajustar la propia conducta a los principios que se derivan de la naturaleza humana, o por no llevar hasta sus últimas consecuencias los compromisos que han asumido.

Ser profundamente sincero

La otra actitud, igualmente importante y complementaria de la anterior, para alcanzar la identificación

consigo mismo y, por tanto, la autenticidad, consiste en *ser profundamente sincero*. Decimos profundamente, porque no se trata sólo de esa sinceridad que, en el lenguaje ordinario, suele reducirse al simple hecho de no mentir, a la hora de expresarse verbalmente. Aquí se plantea la necesidad de reconocer y aceptar, *plenamente*, todo lo que uno es, su pasado, su presente, sus circunstancias, y todo lo que debe ser en el futuro, sin eludir ningún aspecto, por incómodo, difícil, doloroso o vergonzoso que sea.

Se trata de abrir los ojos a la realidad, para *profundizar* en ella, para mirarla tal como es, sin deformaciones ni acomodaciones al gusto, sin interpretaciones subjetivas. Una actitud opuesta a la del avestruz que, ante lo adverso de las circunstancias, esconde la cabeza debajo de la tierra, para no mirar el peligro. Opuesta igualmente a la superficialidad de juzgar los hechos según las apariencias o las impresiones subjetivas, sin preguntarse por las causas que los producen. La sinceridad exige, en una palabra, verse a sí mismo objetiva y profundamente. De aquí que la sinceridad y el afrontar la realidad resulten dos actitudes inseparables y complementarias.

Hay en el ser humano una especie de instinto a rechazar lo que no le agrada de sí mismo; y las posibilidades de elaborar mecanismos que, de una u otra manera, ocultan esos aspectos desagradables, son abundantes, muchas veces incluso inconscientes. Simultáneamente existe una tendencia a atribuirse a uno mismo lo que no le corresponde, cualidades que no tiene, situaciones imaginarias que le favorecen subjetivamente su posición en la vida, etc. Por eso, si de verdad se quiere ser profundamente sincero,

para estar en la realidad y ser auténtico, será preciso desenmascarar todo aquello que se aparte de lo que realmente somos, tanto si se trata de aspectos desagradables que se encuentran ocultos, como de situaciones irreales que la imaginación ha fabricado para huir de la realidad.

Si falla la sinceridad para reconocer y aceptar lo que uno es, la personalidad queda dañada y se hace imposible la unidad de vida. Se genera como una parálisis, un entorpecimiento de las facultades interiores, que impide progresar en la dirección que conduce hacia la plenitud. Lo mismo ocurre, si el hombre no reconoce y acepta lo que debe ser, el contenido de esa vocación, de esa llamada a ser lo que le corresponde, en cuanto persona única e irrepetible.

LA MANIFESTACIÓN DE SÍ MISMO

Inicialmente decíamos que auténtico es aquello que es lo que es, que coincide consigo mismo, y, *en consecuencia*, se manifiesta como es, aparenta lo que es y es lo que aparenta. Del mismo modo, afirmábamos que un hombre es auténtico si es lo que es y, *derivadamente*, si no hay contradicción entre su ser y sus apariencias. Con estas palabras se dejaba entrever lo que ahora podemos hacer más explícito: la manifestación de sí mismo, como señal de autenticidad —manifestarse como se es— es una *consecuencia* que *se deriva* del fundamento de la autenticidad, de la identificación consigo mismo.

Por esta razón, la tarea de manifestarse como se es, no debería suponer un problema, si uno estuviera

realmente identificado consigo mismo. El problema está, precisamente, en lo que constituye el fondo de la autenticidad, en ese proceso de identificarnos con nosotros mismos, que ya hemos analizado.

Sin embargo, también es cierto que ese manifestarse uno como es, en todos los momentos y circunstancias, exige un cierto *esfuerzo* específico, aun cuando se dé, de hecho, la identificación. En otras palabras, la identificación consigo mismo no produce, de forma automática, una manifestación idéntica a lo que se es, por los diversos condicionantes que aparecen en el proceso, como pueden ser la timidez de carácter, el afán de quedar bien ante los demás, la inclinación instintiva a ocultar ciertos aspectos negativos de la propia personalidad, etc. Para superar esos condicionamientos, se hace necesario aplicar ese cierto esfuerzo adicional, y así conseguir la plena coincidencia entre lo que se es y lo que se manifiesta. Se trata de una tarea fundamentalmente eliminadora de lo que estorba, para dejar que aflore, con naturalidad y nitidez, el ser personal.

Este manifestarse al exterior, en palabras y hechos, tal como se es interiormente, coincide con la virtud de la *veracidad*, la cual se identifica con la sinceridad en sentido amplio. Es una virtud que tiene, como dimensión complementaria, la verdad. Ser veraz o sincero consiste en manifestarse de acuerdo a la verdad de lo que se es, de tal manera que esas manifestaciones reflejen, con verdad, al ser que les da origen.

La virtud de la veracidad se adquiere y se perfecciona mediante actos concretos, que habrán de estar precedidos, si de verdad se desea ser auténtico, de una

decisión profunda y radical de manifestarse *siempre* como se es. Es decir, que no basta con que esto ocurra de vez en cuando, ni siquiera la mayoría de las veces, como tampoco es suficiente que exista una intención, más o menos genérica, de ser veraz y sincero, porque se acabará incurriendo en la inautenticidad. Esto es así porque, cada vez que se falla en esta materia, se pierde más de lo que se había ganado, y porque una falta de veracidad suele inclinar inmediatamente a cometer otras faltas del mismo tipo. De este modo, se genera un proceso, que es un círculo vicioso, en cuanto que acaba por afectar negativamente la identificación consigo mismo, fundamento de la autenticidad, y, en consecuencia, la manifestación de sí mismo.

De aquí podemos concluir que, si bien la manifestación de sí mismo es una consecuencia de la identificación consigo mismo, es también un medio —en lo que implica de esfuerzo personal— para perfeccionar esa identificación, un medio para que el hombre consiga estar en la realidad con autenticidad.

FORMAS DE INCURRIR EN LA INAUTENTICIDAD

Después de haber desarrollado lo que nos proponíamos, para explicar en qué consiste *la autenticidad como forma de estar en la realidad* —identificación consigo mismo, mediante las operaciones de conocerse y aceptarse, potenciadas por las actitudes de afrontar la realidad y ser profundamente sincero; y su consecuencia, que a su vez tiene carácter de medio para la identificación: manifestarse al exterior

como se es interiormente—, podemos ahora descender a algunos ejemplos, significativos, sutiles algunos de ellos, y especialmente frecuentes en nuestro medio, que reflejan falta de autenticidad, por ir en contra de alguna de las dos actitudes estudiadas.

Como advertimos en su momento, el afrontar la realidad y el ser profundamente sincero son dos actitudes interrelacionadas, que algunas veces pueden coincidir en la realidad. Por eso, aunque hemos agrupado los ejemplos de acuerdo con estas dos actitudes, se descubrirá que algunos de ellos podrían haberse incluido en ambos apartados. Esperamos que esta ejemplificación, de modos de incurrir en la inautenticidad, ayude a comprender, por contraste, el alcance que la autenticidad, como forma de estar en la realidad, tiene para la vida humana.

Situaciones de inautenticidad por no afrontar la realidad

1) *No querer enterarse de las propias obligaciones*, para no tener que vivirlas. Es el caso de quien prefiere no averiguar —y, por tanto, evita preguntar— cuáles son los compromisos que le corresponden, según sus circunstancias. Menos aún tiene interés en profundizar en el contenido de esas obligaciones, porque intuye que la vida se le complicaría. Un profesional, por ejemplo, que es contratado para un determinado puesto en una empresa, y que no pusiera los medios para conocer con precisión el ámbito de sus responsabilidades, lo que se espera de él, pronto vendría a producir un daño a la empresa, por no afron-

tar con profundidad el compromiso que ha adquirido. Pero esta manera superficial de proceder, no sólo repercutiría en la empresa, sino en él mismo, porque su perfeccionamiento, no sólo en cuanto profesional, sino en cuanto hombre, exige asumir las propias obligaciones y vivirlas con intensidad. De lo contrario, se incurre en la existencia inauténtica.

2) *Adoptar una actitud pasiva ante los compromisos adquiridos*, como si de ellos no se derivaran unas consecuencias precisas. A diferencia del caso anterior, aquí sí se reconocen las obligaciones pero, mediante un mecanismo interior de superficialidad o de evasión, no se afrontan sus *consecuencias*. Así por ejemplo, quien pertenece a una institución, que exige unos compromisos determinados, pero en la práctica no los cumple, podemos decir que está en ella «sin estar», valga la expresión, porque la pertenencia a cualquier organización se mide por las consecuencias reales que, para el sujeto, trae consigo.

3) *Dejarse llevar por la «ley del gusto»*, lo cual suele responder al siguiente mecanismo, más o menos inconsciente: primero quiero lo que me gusta; luego elaboro un argumento convincente a favor de eso que me gusta, para demostrarme a mí mismo que debo proponérmelo; finalmente, decido proceder en consecuencia, con la conciencia tranquila, pensando incluso que estoy cumpliendo con un deber. Dicho de forma más sintética: me gusta, por tanto, lo quiero; lo quiero, por tanto, me conviene y debo hacerlo; me conviene y debo hacerlo, por tanto, lo hago.

El mecanismo anterior puede referirse a opciones placenteras que sustituyen nuestras obligaciones —una

actividad recreativa, en lugar del trabajo que corresponde realizar en ese momento, por ejemplo—; o al ámbito de las obligaciones mismas, pero introduciendo un desorden en su jerarquía, como ocurre cada vez que escogemos la parte más fácil o más agradable del trabajo, y posponemos la que comporta mayor esfuerzo.

También cabe otra forma de dejarse llevar por esta «ley del gusto», e incurrir en la inautenticidad, más rebuscada que las anteriores: negar el contenido de las obligaciones que me contrarían, para dejar de cumplirlas con aparente tranquilidad, como el católico que deja de ir a Misa los domingos, por pereza, y se auto-convence de que esa falta «ya no es pecado grave».

4) *Dejarse llevar por el sentimentalismo*, es decir, por el predominio de los sentimientos sobre la inteligencia y la voluntad. Quizá este proceso sea una de las formas de evasión de la realidad más frecuentes en nuestro ambiente. El sentimentalismo, ordinariamente, es egocéntrico: el término es el propio sujeto, que busca, o incluso reclama, consuelos, compensaciones, satisfacciones sensibles. En términos generales, se traduce en dejarse llevar por los estados de ánimo: si estoy decaído, me permito dejar de cumplir mis compromisos; si me encuentro en un momento de euforia, por el motivo que sea, tengo derecho a celebrarlo, aunque eso suponga dejar de lado las obligaciones del momento. Como los sentimientos, por definición, son inestables, la conducta que se funda primordialmente en ellos carece de la fijeza indispensable para afrontar la realidad con autenticidad.

El sentimentalismo, así entendido, produce debilidad y conduce a la inconstancia, propia de personas que inician tareas y proyectos, con gran entusiasmo incluso, pero los abandonan en cuanto surgen los primeros obstáculos. Las dificultades generan un cambio en el estado de ánimo —desaparece el entusiasmo y aparece el desánimo—, en lugar de suponer una oportunidad para crecerse, fortalecer la voluntad y llevar a término lo propuesto, con mayor determinación. Donde no existe coherencia entre lo que se debe hacer y lo que se hace, no puede haber autenticidad. El sentimentalismo impide, por debilidad, esa coherencia.

Otro efecto negativo del sentimentalismo es que puede afectar al modo de razonar, de manera que la verdad, que ha de regir la conducta, queda oculta tras la sombra de algún sentimiento. Por ejemplo, cuando un matrimonio se rompe por culpa de uno de los cónyuges —aunque ordinariamente la culpa sea de los dos—, puede venir el pensamiento —movido por el sentimiento de compasión— de que la parte inocente no merece padecer la soledad propia de su nueva situación, y de aquí sacar la conclusión de que «tiene derecho a rehacer su vida», perdiendo de vista la verdad sobre la indisolubilidad del matrimonio.

5) *La justificación*, como recurso para no reconocer la existencia de los propios errores, o para no reconocer tales errores como errores. En el primer caso, no se admite el hecho erróneo —por ejemplo, alguien que conduce con exceso de velocidad, causa un accidente, y no acepta haberse excedido en la velocidad—; en el segundo, se reconoce el hecho, pero

no como erróneo —un padre que reprende injustamente a su hijo, acepta que lo ha reprendido, pero no el carácter injusto de la reprensión—. Las consecuencias de estas actitudes de justificación acaban produciendo una huida de la realidad, al no querer afrontarla tal como es. En cambio, el reconocimiento y aceptación de los propios errores equivale a aquella actitud valiente, de afrontar la realidad, que a su vez pone a la persona en condiciones de luchar para superarse y tratar de evitar que esos errores se repitan.

6) *Transferir la responsabilidad a otro*, para sentirse eximido de las propias obligaciones. Es un modo frecuente de justificar las omisiones personales. Hay quienes tienen la inclinación permanente de pensar que la culpa es siempre de los demás, y llegan a desarrollar un mecanismo de defensa frente a sus responsabilidades, que les permite encontrar, indefectiblemente, un culpable distinto a ellos mismos. Acaban por «no ver» sus errores, estando plenamente seguros de que los cometen los demás. Los malos estudiantes suelen encontrar la causa de sus resultados deficientes, en la incompetencia o en la injusticia de sus profesores. Por este camino no acaban nunca de poner los medios para resolver su problema, lo cual significa también falta de autenticidad por no afrontar la realidad.

7) *Aceptar con amargura y visión derrotista los propios defectos y limitaciones*, lo que equivale, en cierto modo, a no aceptarlos. Quien acepta sus deficiencias con autenticidad, adopta ante ellas una actitud positiva, de lucha, para tratar de superarlas en lo posible. Y no se desanima al comprobar, una y otra

vez, que es un ser limitado. Lo acepta y lo lleva con paz. Cuando una persona comienza a desenvolverse en la vida profesional suele ser muy sensible a los éxitos o fracasos que obtiene, y fácilmente los puede extrapolar. Así como sería un error concluir que se alcanzarán grandes niveles profesionales porque se ha obtenido un pequeño éxito parcial, también sería una equivocación hundirse y pensar que se es un inepto por haber fracasado en un asunto de importancia relativa. La actitud auténtica, ante los defectos, las limitaciones, los errores y los fracasos, consiste en reconocerlos sin pesimismo y enfrentarse a ellos, con moral de victoria, para superarlos.

8) *No aceptar la propia situación*, con la consiguiente dificultad para identificarse con las circunstancias que de ella derivan. Aquí cabe la persona que vive deseando lo que no tiene, soñando en lo que no le corresponde, añorando lo que no puede ser. Pero, sobre todo, lo característico de esta actitud es el rechazo y la rebeldía ante lo que se tiene y se es. No hay identificación consigo mismo. No hay autenticidad. Los ejemplos serían innumerables: el médico que no está conforme con su profesión y quisiera ser abogado; el esposo que no acepta a su mujer o que desearía no haberse casado; el empleado que se rebela porque quisiera ocupar el lugar del jefe; el hijo que vive en conflicto permanente con sus padres, porque no soporta que lo manden de esa manera. La autenticidad, en cambio, consiste en querer positivamente, alegremente, lo que a cada uno corresponde, aunque con frecuencia esas circunstancias personales incluyan el dolor o la humillación.

Situaciones de inautenticidad por falta de sinceridad

1) *Las promesas incumplidas.* Hay gente que con mucha facilidad promete cosas. Dice que sí a todo. Luego no cumple y reacciona como si esto no tuviera importancia. Parece como si lo importante fuera decir que sí o prometer para salir del paso, para dejar al interlocutor contento momentáneamente. Es evidente que este modo de proceder resulta inauténtico, por insincero, ya que la manifestación externa —la promesa verbal— no corresponde a la intención interna, que se encuentra muy lejos de querer llevar a cabo lo prometido. Un reflejo superficial de esta situación frecuente se da en el lenguaje convencional ordinario: «nos veremos», «yo te llamo», «nos hablamos», «no dejes de buscarme», «sí, cómo no», etc.

2) *Hacerse el disimulado o el desentendido,* cuando correspondería dar la cara o responder por algún asunto ante los demás. La actitud externa de pasividad, de ausencia de reacción, no refleja el contenido interior que, por su naturaleza, incluye la obligación de ser manifestado. Por ejemplo, alguien toma una decisión o lleva a cabo una acción en la empresa, en ausencia del director, de la cual se siguen unas consecuencias importantes. A su regreso, el director percibe los efectos de aquello, comenta su extrañeza, en espera de una explicación, y el responsable de aquella decisión guarda silencio. Esta falta de sinceridad suele estar motivada por el temor a quedar mal o por el afán de eludir responsabilidades.

3) *La imprecisión y la ambigüedad,* al hablar, para no comprometerse, para dejar una posible salida o

puerta de escape si las cosas se complican contra uno mismo, el camino preparado para la excusa. Esto puede ser frecuente, por ejemplo, en el mundo del comercio, donde el vendedor atribuye al producto que está ofreciendo una serie de cualidades y garantías de forma un tanto confusa, para poder decir al comprador, si posteriormente acude a reclamar, que entendió mal lo que se le dijo al momento de la venta. La expresión «es que no me entendiste» se convierte así en un arma defensiva.

También se puede ser impreciso o ambiguo al expresarse, para no incomodar al prójimo con palabras que pueden parecer demasiado claras; al actuar así, en lugar de ayudarlo, se le hace daño. Si alguien se da cuenta de que un amigo suyo está actuando mal y no se lo advierte con claridad, sino que se reduce a hacerle una consideración genérica sobre el mal comportamiento, para no incomodarle, no conseguirá ayudarlo. Vale la pena recordar, a este propósito, aquellas palabras de Jesucristo que invitan a manifestar las propias ideas y pensamientos, según verdad: «Sea, pues, vuestro modo de hablar: *sí, sí*, o *no, no*; que lo que pasa de esto, de mal principio proviene» (Mt 5,37).

Otras veces la imprecisión y la ambigüedad en el lenguaje pueden utilizarse como recurso para borrar las resonancias morales de algún asunto. Así ocurrió con el inventor de la píldora abortiva RU 486, que acuñó un término nuevo para sustituir la palabra aborto, al expresar el efecto de su producto: el término «contragestión», una contracción de «contra-gestación», que ciertamente suena menos fuerte y puede favorecer la eliminación de las implicaciones morales de este acto, ante el gran público. Una táctica que va directamente contra la sinceridad y la autenticidad.

4) *La locuacidad o verborrea*, es decir, la abundancia de palabras para ocultar la verdad, pero dando a la vez la impresión de que se dicen muchas cosas. Los discursos demagógicos son un buen ejemplo de esta forma de insinceridad.

5) *No decir toda la verdad*, omitiendo aquella parte que nos compromete, nos incomoda o nos avergüenza, cuando nos correspondería agotar la verdad. Hay ocasiones en las que nos encontramos ante un interlocutor que tiene derecho —tal vez porque nosotros mismos se lo hemos conferido— a conocer la verdad de nuestra situación, sin restricciones: por ejemplo, porque le hemos pedido que nos proporcione una orientación personal, que requiere darnos a conocer del todo. Si omitimos parte de esa información requerida, no podemos esperar que la orientación sea acertada. Quien acude al médico para ser curado y, por vergüenza, no le manifiesta todos los síntomas de su enfermedad —no le dice la verdad completa de lo que le ocurre—, lo más probable es que no recibirá el tratamiento adecuado a su patología.

6) *Manipular la verdad con fines utilitarios*, proceso en el que incurren frecuentemente —a veces sin darse cuenta— quienes tienen una formación pragmática, es decir, quienes viven abocados hacia los resultados tangibles de su quehacer, sin dar mucha importancia a la validez moral de los medios para conseguirlos. Para ellos, la verdad se convierte, también, en un medio al servicio del resultado, con lo que fácilmente se puede deformar, si así lo requieren las circunstancias. El político que desea granjearse la simpatía de un determinado gremio social, no ten-

drá inconveniente en presentar una información de su actividad, que resulte atractiva para los intereses de aquel sector, aunque suponga forzar los datos o alterar los hechos. La sinceridad, por el contrario, exige un gran respeto a la verdad, que no puede ser manipulada bajo ningún concepto.

7) *La adulación*, que consiste en halagar a una persona con un fin interesado, y sin estar convencido de los méritos o cualidades que le atribuye. Esta actitud se encuentra muy vinculada a la falsedad y, por tanto, resulta inauténtica desde cualquier punto de vista. El éxito pragmático del adúlador se apoya, ordinariamente, en la vanidad de la persona halagada, que acaba concediendo lo que el otro solicita, a cambio de las alabanzas que recibe. Frecuentemente es tal la ceguera producida por la vanidad, que el mecanismo de ese intercambio se hace inconsciente, irracional: se concede lo que haga falta, por el placer que se experimenta en la adulación.

8) *Cuidar la imagen*, por temor a quedar mal o por afán de quedar bien. El temor a quedar mal puede estar agudizado por la inseguridad personal, y entonces aparece el miedo al ridículo, con lo que la persona no consigue manifestarse como es, presenta una imagen de sí misma que no corresponde a su propia realidad e incurre en la falta de autenticidad. Igualmente, cuando alguien sólo piensa en «quedar bien», cuando da demasiada importancia al «qué dirán», acaba desarrollando una personalidad falsa e inauténtica, porque se para lo que es de lo que aparenta. Una concreción de este defecto es la *hipocresía*, que consiste en la afectación de una virtud o cualidad que no se posee.

MEDIOS PARA SER AUTÉNTICO

Tal vez el elenco anterior, de situaciones de inautenticidad, haya producido en el lector un efecto de desánimo, por verse reflejado en más de alguna de ellas y por no saber, finalmente, cómo superar esas deficiencias. Surge, entonces, la pregunta: ¿qué hacer para superar la inautenticidad? O en términos positivos: ¿cómo puedo conseguir ser más auténtico, cuáles son los medios que debo poner en práctica para alcanzar esa meta tan conveniente para mi vida?

La respuesta, en buena medida, ya ha sido dada anteriormente: para ser auténtico, es preciso realizar dos operaciones, *conocerse* y *aceptarse*, apoyadas en dos actitudes, *afrontar la realidad* y *ser profundamente sincero*. Los medios que pueden ponerse en práctica, para salvaguardar estas dos últimas actitudes, consisten en tratar de evitar cada una de las situaciones de inautenticidad señaladas y otras semejantes. En cambio, por lo que se refiere a las dos operaciones anteriores, precisaremos a continuación algunos medios que podrán favorecerlas, de manera que, efectivamente, nos conduzcan a la autenticidad como forma de estar en la realidad.

Medios para conocerse

El proceso de conocerse exige, en primer lugar, *reflexionar sobre sí mismo*, esto es, pensar con profundidad sobre nuestro modo de ser, sobre nuestras reacciones ante los diversos estímulos que se nos presentan, sobre nuestra experiencia en el desempe-

ño de la actividad ordinaria, sobre nuestros errores y omisiones, sobre nuestro trato con los demás, sobre nuestro comportamiento en diversas circunstancias, sobre la relación que hay entre las metas que nos proponemos y los resultados que alcanzamos, sobre el contenido de esas metas, de esos objetivos que orientan nuestra conducta. La reflexión implica buscar explicación a los hechos personales, lo cual quiere decir preguntarse por sus causas y pensar profundamente. Dedicar unos minutos diariamente a esta tarea suele traer importantes beneficios.

También supone una ayuda eficaz para conocerse a sí mismo, *observar a los demás*, por varias razones: porque en la medida en que se profundiza en el conocimiento del prójimo, se adquiere una visión más completa del ser humano en general, la cual permite luego entenderse mejor a sí mismo; porque, al conocer más a los demás, se cuenta con un punto de referencia —de elementos comunes y de elementos contrastantes— que facilita el conocimiento propio; y porque, al observar los efectos y reacciones que el propio comportamiento produce en el prójimo, se pueden deducir consecuencias sobre el modo de ser personal.

En los dos medios anteriores se trata de un proceso interior, de cada persona consigo misma, que incluye limitaciones, por la carga de subjetivismo que es tan difícil eliminar cuando lo que se está conociendo es el propio yo. Por eso, es preciso recurrir además al auxilio de alguien que sea distinto de nosotros mismos, y así obtener un conocimiento más objetivo de lo que somos.

El diálogo con otra persona —llámese amigo, pariente, cónyuge, consejero, jefe de trabajo, director

espiritual, psiquiatra en casos patológicos, etc.—, con la intención expresa de darse a conocer y de escuchar su punto de vista, representa un medio insustituible para conocerse a uno mismo. Las razones son dos: primero, porque el simple hecho de hacer el esfuerzo por expresar, ante un interlocutor, lo que uno ve de sí mismo, produce un efecto clarificador, al tener que ordenar las propias ideas, asociar las impresiones o interpretar los sucesos personales; segundo, porque el otro que nos escucha puede juzgar y analizar lo que le manifestamos, de un modo más frío y objetivo, sin involucrarse personalmente en la interpretación de los hechos.

Finalmente, *el trato con Dios*, es decir, la relación personal con Él, mediante la conversación y el afecto, tal como se lleva a cabo con un amigo o con un padre, es un camino que favorece enormemente el auto-conocimiento. Aquí la razón principal es de orden sobrenatural: Dios proporciona, a quien se acerca a Él, unas luces, para que se conozca a sí mismo, mucho más intensas que las que la sola inteligencia humana puede alcanzar.

Medios para aceptarse

Aceptarnos a nosotros mismos significa, según dijimos en su momento, querer todo el contenido del yo objetivo, es decir, lo que somos y lo que debemos ser. Ahora bien, como ese contenido incluye también los aspectos objetivamente negativos que hay en nosotros —defectos y limitaciones personales—, así como algunas circunstancias o situaciones que for-

man parte de nuestra existencia y que no nos gustan o no nos apetece, supone una ayuda importante el *adoptar una visión positiva* ante todo eso, de manera que sepamos descubrir la parte favorable —que siempre la hay— en cada aspecto o circunstancia de nuestra vida. Esta visión positiva se identifica con el *optimismo*, que no sólo no lleva al rechazo de lo que nos corresponde aceptar, ni a la mera resignación ante lo irremediable, sino que permite descubrir posibilidades de perfeccionamiento personal, de realización de valores, en todas las situaciones.

Así por ejemplo, quien se encuentra limitado en sus conocimientos profesionales, sabrá poner por obra el plan que le permita superar esa deficiencia, invirtiendo tiempo y esfuerzo en el estudio de las cuestiones que no domina. Quien padece una enfermedad, que le impide desenvolverse físicamente con normalidad, aprovechará su estado obligado de reposo para potenciar su desarrollo intelectual, con la lectura de buenos libros. O quien debe convivir con una persona —como el propio cónyuge—, con quien choca con facilidad, por razones caracterológicas, aprenderá a acoplarse a pesar de esas diferencias, lo cual le permitirá, además, adquirir la capacidad de comprender y relacionarse con un número mucho más alto de personas.

Cuando la visión positiva se fomenta y se ejercita en un campo, ordinariamente se proyecta también en otros, y la aceptación se hace mucho más fácil. Quien aprende a descubrir los aspectos positivos en sus propias circunstancias, acaba encontrándolos también en los demás, y viceversa. Ver siempre el lado bueno de las personas con las que nos toca convivir, favo-

rece mucho la convivencia, porque no cuesta aceptar a esas personas como son.

La actitud permanente de *recibir, con interés y agradecimiento, las observaciones o incluso correcciones* que los demás nos hagan sobre cualquier aspecto de nuestra personalidad o de nuestra conducta, es un medio que ayuda muy eficazmente a aceptar el deber-ser personal que, como hemos visto, forma parte del yo objetivo.

Finalmente, si hemos dicho que la aceptación de sí mismo es una tarea que corresponde a la voluntad, un tercer medio para aceptarse consiste en *comprender que lo mejor para mí no es lo que mi voluntad espontáneamente quiere, sino lo que Dios quiere de mí y para mí*. Si esto se acepta con profundidad, a nadie extrañará que muchas veces vaya a ser necesario renunciar a ese primer querer espontáneo de la propia voluntad, para acoplarlo al querer de Dios. Pero aquí tampoco se trata de resignarse a que las cosas deban ser así, sino de entender que eso es, efectivamente, lo mejor para uno mismo, y de querer positivamente, con la propia voluntad, ese otro querer divino, de manera que me identifique plenamente con él, que lo haga totalmente mío. Cabe advertir, para quien piense que esto último es inalcanzable, que cuando el hombre decide con firmeza identificar su voluntad con la voluntad de Dios, recibe de Dios una ayuda más poderosa que la fuerza de su propia voluntad, de manera que la meta se hace especialmente asequible, gracias, sobre todo, a la intervención divina.

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR
EDICIONES RIALP, S. A.,
ALCALÁ, 290. 28027 MADRID,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN ARTES GRÁFICAS ANZOS, S. L.,
FUENLABRADA (MADRID),
EL DÍA 24 DE ENERO DE 2006

LIBROS DE BOLSILLO RIALP

Selección de títulos:

11. RAFAEL GAMBRA: *Historia sencilla de la Filosofía*. (Vigésimosexta edición.)
48. ANDRÉ FROSSARD: *Dios existe. Yo me lo encontré*. (Vigesimoprimera edición.)
59. JOSÉ LUIS COMELLAS: *Historia de España moderna y contemporánea*. (Decimosexta edición.)
71. JESÚS URTEAGA-MANUEL AGUADO: *Siempre alegres para hacer felices a los demás*. (Decimooctava edición.)
77. CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*. (Decimonovena edición.)
79. ANTONIO MILLÁN-PUELLES: *Universidad y sociedad*.
91. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS: *Rilke, Pound, Neruda. Tres claves de la poesía contemporánea*.
96. PETER BERGLAR: *Metternich. Conductor de Europa*.
101. ÁLVARO D'ORS: *Nuevos papeles del oficio universitario*.
105. LUIS JIMÉNEZ MARTOS: *Tientos de los toros y su gente*.
110. CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *De la Andalucía islámica a la de hoy*. (Segunda edición.)
117. FEDERICO DELCLAUX: *El silencio creador*. (Cuarta edición.)
124. WILLIAM J. WEST: *Opus Dei: ficción y realidad*. (Tercera edición.)
132. FEDERICO DELCLAUX: *Antología de poemas a la Virgen*.
133. S. L. JAKI, C. SÁNCHEZ DEL RÍO, J. A. JANIK, JULIO A. GONZALO y MARIANO ARTIGAS: *Física y religión en perspectiva*.
134. HERVÉ PASQUA: *Opinión y verdad*.
136. PIER LUIGI ZAMPETTI: *La profecía de Fátima y el derrumbamiento del comunismo*.
137. ANTONIO FUENTES MENDIOLA: *¿Entiendes a tus hijos?* (Segunda edición revisada.)
138. ALEJANDRO LLANO, JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA, RAFAEL RUBIO DE URQUÍA, PEDRO ANTONIO URBINA, RICARDO YEPES y otros: *Breve diagnóstico de la cultura española*.
139. PASCAL FONTAINE y HENRI MALOSSE: *Las instituciones europeas*.
142. VARIOS AUTORES: *Medio siglo de Adonais*.
143. GERARDO DIEGO: *Gerardo Diego y Adonais*.

144. ANDRÉ FROSSARD: *Los grandes pastores. Abraham, Moisés, Jesucristo, San Pablo, Marx, Bernardette.*
145. SERGIO COTTA: *¿Qué es el derecho?* (Cuarta edición.)
146. RICARDO YEPES STORK: *Entender el mundo de hoy.* (Cuarta edición.)
147. FEDERICO SUÁREZ: *Santiago Masarnau y las Conferencias de San Vicente de Paul.*
148. MARIO CLAVELL: *Saber hablar.* (Segunda edición.)
149. PEDRO BETETA: *Una visita de Dios. Juan Pablo II consuela a los que sufren.* Prólogo del Cardenal ÁNGEL SUQUÍA. (Quinta edición.)
150. JULIÁN HERRANZ: *Atajos del silencio.* (Segunda edición.)
151. JOSEPH RATZINGER: *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista.* (Quinta edición.)
152. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS: *Libro de la Pasión.* (Tercera edición.)
153. ANTONIO MILLÁN PUELLES: *Ética y realismo.* (Segunda edición.)
154. MIGUEL ÁNGEL GARRIDO: *Crítica literaria.*
155. VITTORIO POSSENTI: *Dios y el mal.*
156. JOSÉ ORLANDIS: *Historia breve del cristianismo.* (Sexta edición.)
157. BEATRIZ COMELLA: *La Inquisición española.* (Cuarta edición.)
158. JUAN LUIS LORDA: *La señal de la cruz. Meditaciones sobre el Via Crucis.*
159. JOSÉ LUIS COMELLAS: *Historia breve del mundo contemporáneo.* (Cuarta edición.)
160. RICARDO MORENO: *Historia breve del Universo.*
161. AURORA BERNAL: *Movimientos feministas y cristianismo.*
162. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Ética empresarial. Teoría y casos.* (Tercera edición.)
163. JOSÉ MARÍA BARRIO MAESTRE: *Los límites de la libertad.*
164. ANÓNIMO: *El Purgatorio. Una revelación particular.* (Quinta edición.)
165. CARLOS CARDONA: *Aforismos. Selección de Carlos Pujol.*
166. PEDRO BRUNORI: *La Iglesia Católica. Fundamentos, personas, instituciones.*
167. JOSÉ ORLANDIS: *La vida cristiana en el siglo XXI.*
168. JOSÉ MORALES: *El Islam.* (Tercera edición.)
169. RAFAEL DE LOS RÍOS: *Cuando el mundo gira enamorado.* (Quinta edición.)
170. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS: *Josemaría Escrivá como escritor.*
171. VITTORIO POSSENTI: *Filosofía y revelación.*
172. CORNELIO FABRO: *El templo de un Padre de la Iglesia.*
173. BEATRIZ COMELLA: *Ernestina de Champourcin, del exilio a Dios.*
174. JOSÉ MARÍA BARRIO MAESTRE: *Cerco a la ciudad.*
175. ÁNGEL CABRERO UGARTE: *Vivir sin Dios.*
176. JOSÉ MORALES: *El valor distinto de las religiones.*
177. JESÚS ORTIZ LÓPEZ: *La Iglesia que desea Juan Pablo II.*
178. TOMÁS MELENDO: *San Josemaría Escrivá y la familia.*
179. NANI LEÓN DE MOLINA: *Dibujando una realidad.*

180. AUGUSTIN y JOSEPH LÉMANN: *La asamblea que condenó a Jesucristo.*
181. FRANCISCO UGARTE: *Del resentimiento al perdón.*
182. FRANCISCO MARTÍ GILBERT: *Carlos III y la política religiosa.*
183. JOSÉ RAMÓN GARITAGOITIA EGUÍA: *Juan Pablo II y Europa.*
184. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Elogio de la bondad.*
185. ANTONIO RUBIO: *Vidas romanas. Treinta y tres personajes de la Roma eterna.*
186. JOSÉ MARÍA PARDO: *Bioética práctica al alcance de todos.*
187. ISABELLE DE MEZERAC: *Un hijo para la eternidad.*
188. JOSÉ LUIS COMELLAS: *Historia breve del mundo reciente.*
189. BLANCA CASTILLA DE CORTÁZAR: *¿Fue creado el varón antes que la mujer?*
190. MERCEDES ÁLVAREZ PÉREZ: *Cómo sacar partido a la televisión.*
191. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Breve historia de la cultura europea.*
193. FRANCISCO UGARTE CORCUE-RA: *En busca de la realidad.*

Este libro aborda cuestiones que tienen mucho que ver con el deseo de ser felices que late en nosotros: la gran diferencia entre ser y tener; la estrecha relación entre la felicidad y los valores, la importancia de la autenticidad y del realismo frente a posturas que nos alejan de ellos, como el relativismo y el dogmatismo.

Su punto de partida ha sido la experiencia de situaciones humanas no bien resueltas por personas de muy variados ambientes, pero todas insatisfechas por no tener su vida centrada. Muchas han buscado la salida en evasiones que sólo causan mayor infelicidad.

La solución comienza por *estar en la realidad*. Para ello es preciso enfrentarse cada uno consigo mismo, con sinceridad, para conocerse y aceptarse; tener ideas claras, fundadas en la verdad, y adquirir la fortaleza para vivir de acuerdo con esas ideas. La tarea no es fácil, pero es posible, y necesaria, si se quiere ser feliz; es lo que aquí se propone.

FRANCISCO UGARTE CORCUERA nació en Guadalajara (México), en 1947. Obtuvo la Licenciatura y la Maestría en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México, y el Doctorado en Filosofía por la Universidad de la Santa Cruz, en Roma. Ha publicado diversos estudios filosóficos en México y otros países. Entre sus publicaciones están: *La amistad; Metafísica de la esencia* y *Del resentimiento al perdón*. Ha impartido numerosas conferencias sobre temas antropológicos.

ISBN 84-321-3565-8



9 788432 135651